

Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim y Nicolas Hogenberg

Carlos V y la corona de los césares



EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS A CARGO DE RUBÉN LÓPEZ CONDE



EX LIBRIS.....



GINGER APE BOOKS&FILMS



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

Título original: *Carlos V y la corona de los césares*

Autores: Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim (texto literario) y Nicolas Hogenberg (grabados)

Edición, introducción y notas a cargo de Rubén López Conde

Traducción del texto de Agripa: Antonio Bernárdez, según la edición de Espasa-Calpe, Madrid, 1934

Restauración digital de los grabados: Geometric Art by Mak

Maquetación: Rubén López Conde

Colección: Hecatonquiros

HC06-00019-C

Primera edición en Ginger Ape Books&Films: enero de 2018

© De la presente edición, 2018: Ginger Ape Books&Films, S. L.

© Copyright.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

ISBN: 978-84-943683-5-6

Depósito Legal: AL 1045-2018

BIC: ACND / HBLH / 1D

Impreso por Mayor Print Industrias Gráficas, S. L.

Avda. Málaga Oloroso, 34

29014 - Málaga

Ginger Ape Books&Films, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM · WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS

Índice

INTRODUCCIÓN	09
HISTORIA DE LA DOBLE CORONACIÓN.....	45
APÉNDICE.....	65
LA GRAN CABALGATA DE BOLONIA.....	DESPLEGABLE

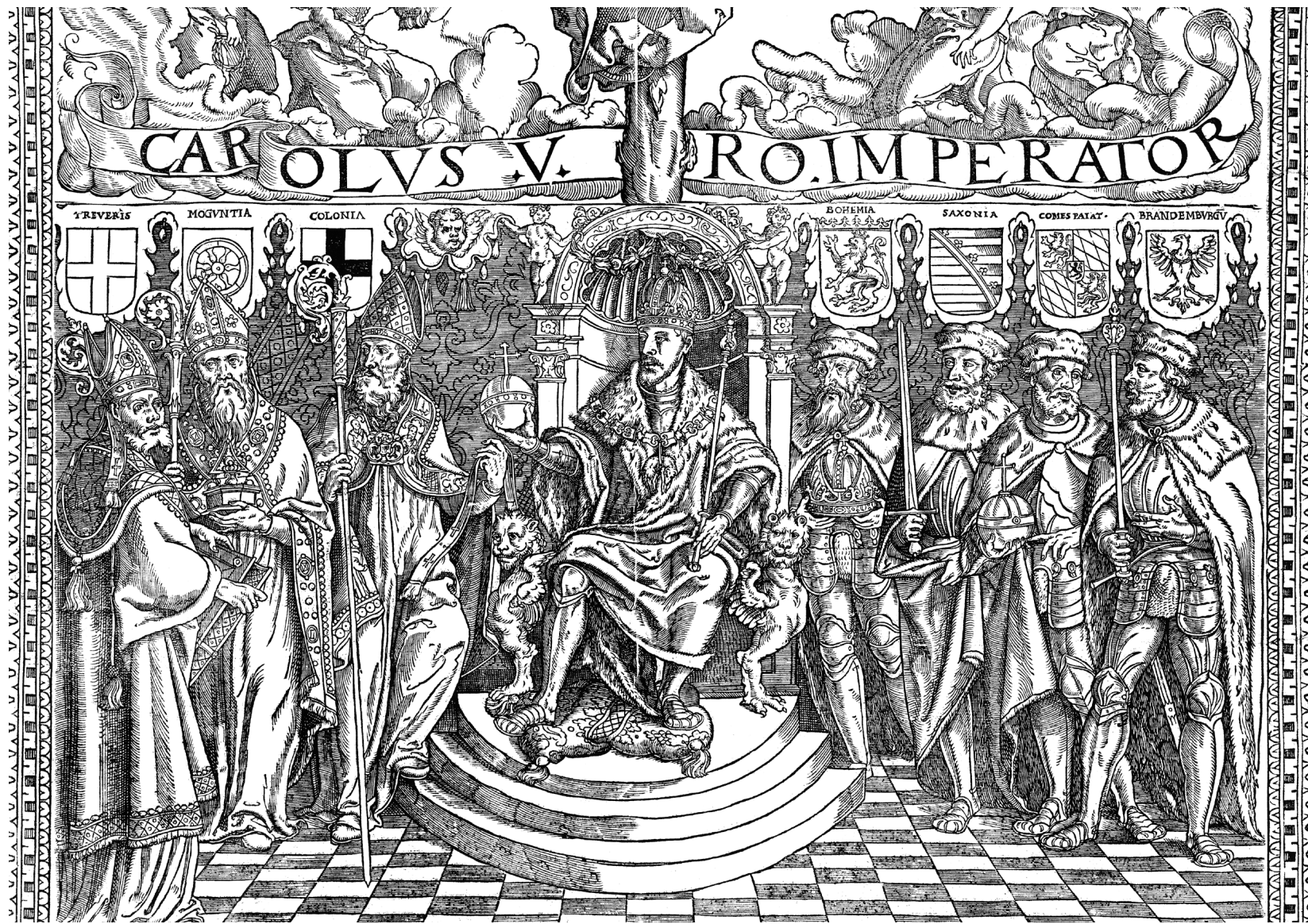


Fig. 1: Robert Péril, *Carlos V rodeado de los príncipes electores*, 1530-1535

Carlos V y la corona de los césares

· RUBÉN LÓPEZ CONDE ·

Universidad de Jaén

En enero de 1519 fallecía Maximiliano I de Austria, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Durante los meses que siguieron al deceso, Francisco I de Francia y Carlos I de España se disputaron su sucesión. La decisión de quién había de acceder a la dignidad imperial recaía sobre los llamados príncipes electores: tres eclesiásticos, los arzobispos de Maguncia, Colonia y Treveris; y cuatro temporales, el rey de Bohemia y Hungría, el marqués de Brandeburgo, el duque de Sajonia y el conde del Palatinado. En apoyo de sus pretensiones, ambos soberanos enviaron embajadas a los electores. Se sucedieron las conversaciones, las presiones, los ofrecimientos, las dádivas. Al final, pudieron los dineros de Carlos, y el 28 de junio de 1519, los príncipes germanos, reunidos, según era costumbre, en la iglesia de San Bartolomé de Frankfurt, lo proclamaron unánimemente emperador [fig. 1]. El camino de la coronación quedaba así abierto.

Tres eran las coronas que en lo sucesivo habría de ceñir el emperador: la de rey de los romanos (o de Germania), la de rey de los lombardos (o de Italia) y finalmente la de sacro emperador. La primera corona, la de plata, la recibía en Aquisgrán, de manos del arzobispo de Colonia; la segunda, la de hierro, la recibía en Monza, Milán o Pavía —que no siempre tuvo una misma sede—, de manos del arzobispo de Milán; la tercera, la de oro, la recibía en Roma, de manos del sumo pontífice.

Carlos tomó la primera en Aquisgrán el 23 de octubre de 1520 [figs. 2 y 3], pero no fue hasta diez años después que pudo acceder al resto de dignidades. Las causas de esta demora han de buscarse en el tenso clima de relaciones que dominó la Europa occidental en la década de 1520. Y fueron las disputas por el control de Italia su primera motivación.

Con el telón de fondo de la amenaza turca y la reforma luterana, un nuevo conflicto bélico se dibujaba en el horizonte de la cristiandad; un conflicto del que habrían de tomar parte el cristianísimo rey de Francia¹; el católico rey de España² y sacro emperador electo; y sendos papas Medici, León X (1513-1521) y Clemente VII (1523-1534).

El cuadro político general que a la sazón se imponía en la península transalpina era el siguiente: desde 1515, Francia ocupaba el Milanésado y mantenía Génova bajo su tutela; el vastísimo reino de Nápoles, objeto de múltiples reclamaciones, permanecía en posesión española desde 1504-1505; y entre ambos dominios se encastraban los Estados Pontificios. Solo la Serenísima de Venecia y algunas pequeñas repúblicas del norte de Italia habían logrado preservar su independencia o, al menos, no llevar el conflicto a sus feudos y tierras.

En este complicado tablero político, el primero en mover ficha fue Francisco I³. Temeroso de su pérdida de influencia y su previsible expulsión de territorio italiano, el monarca francés propuso, entretanto tenía lugar la coronación de Aquisgrán, un acuerdo secreto al papa León X —que receloso del inmenso poder que acumularía Carlos, había apoyado las pretensiones francesas a la vacante imperial—; un acuerdo por el que rechazaría la elección de Carlos, lo privaría del reino de Nápoles y en su lugar investiría al segundogénito de Francisco,

Enrique de Orleans⁴. Solo quedó en promesas. Pero el plan orquestado por Francisco no se interrumpió. Promovió subrepticamente otras acciones contra el emperador a fin de distraer su atención de Italia y comprometer sus territorios, milicias y finanzas. La ofensiva se llevó a cabo paralelamente en dos frentes: a principios de 1521, Robert de La Mark, señor de Sedan y duque de Bouillon, invadía Luxemburgo; y Enrique Albret, aprovechando las revueltas comuneras de Castilla, invadía el reino de Navarra. Los dos actuaban de consuno con Francisco I, que sin embargo negaba su implicación en los levantamientos. La suerte les fue adversa. Los ejércitos imperiales, comandados por Enrique de Nassau, no solo rechazaron al señor de Sedan, sino que llevaron la guerra a sus tierras. Y una coalición de nobles castellanos hacía retroceder a Albret, que solo conseguía retener la Baja Navarra. Y no fueron los únicos golpes que entonces recibían las aspiraciones de Francisco.

A finales de mayo de 1521, el tornadizo León X firmaba un tratado con Carlos; su nueva coalición, confirmada un mes después, castigaría la intrepidez y arrogancia de Francisco, al que expulsarían definitivamente de Italia, entregando en usufructo el Milanesado a Francesco II Sforza. El pontífice veía en Carlos, que días antes había abjurado públicamente de la fe de una parte de su imperio, la de Lutero, y, por encima de todo, decía defender la cristiandad, un mejor aliado en el nuevo escenario político que el monarca Francisco. El papa prometía a Carlos hacer efectiva su coronación en Roma y reconocerlo rey de Nápoles, frenando cualquier aspiración francesa, veneciana e incluso pontificia.

En este contexto, Francisco aceptaba la oferta que Enrique VIII



Fig. 2: Anónimo, *Coronación de Carlos en Aquisgrán*, grabado contenido en *Die triumphe van dat cronemente vanden keyser*, Amberes, 1520



Fig. 3: Hans Krafft, a partir de Alberto Durero, *Medalla conmemorativa de la coronación de Aquisgrán, 1521*

de Inglaterra le hacía: mediar ante el emperador para encontrar una salida pacífica al conflicto. No era desde luego un ofrecimiento sincero. El monarca inglés aguardaba la ocasión propicia para hacer efectivas sus aspiraciones en Francia. Una vez concluido el encuentro entre ambas delegaciones, habido en agosto en Calais, el canciller Thomas Wolsey se dirigió a Brujas y firmó un acuerdo secreto con el emperador, por el que el inglés se comprometía a llevar la guerra a territorio de Francia a partir del mes de diciembre, siempre y cuando las hostilidades entre Carlos y Francisco aún permanecieran abiertas.

Entretanto, el ejército comandado por Enrique de Nassau trasladaba el conflicto al noreste de Francia, obligando a Francisco a distraer tropas y dineros. Y un ejército imperial se aprestaba a marchar sobre el Milanésado, defendido por las tropas del general francés Lautrec.

Para añadir más tensión a este escenario, el 1 de diciembre moría el pontífice. Durante el conclave, Francia amenazó con retirar su fidelidad a Roma si Giulio de' Medici, líder de la facción imperial, salía elegido nuevo pontífice. El escogido fue finalmente Adriano de Utrecht, tutor infantil de Carlos y entonces —y en ausencia del rey católico— regente de España. Las esperanzas francesas parecían desvanecerse.

Sin embargo, y en contra de lo que cabía esperar, Adriano VI prefirió salvaguardar la independencia de la Santa Sede y no apoyar la causa imperial, relajando ligeramente el conflicto.

No sirvió de nada. En los meses que siguieron, las huestes imperiales al mando del condotiero Prospero Colonna vencían sin dificultad al ejército del general Lautrec, reforzado costosamente por mercenarios suizos, precipitando la entrega sucesiva de las principales plazas francesas en el norte de Italia. Hacia mediados de 1522, Francia estaba prácticamente fuera de territorio transalpino. Génova volvía a la órbita imperial y Milán quedaba en poder de Francesco II Sforza. La derrota impulsaba además la entrada de Inglaterra en el conflicto, que hacia finales de julio asolaba Bretaña y la Picardía.

Y en este escenario hacía su irrupción dramática la espectacular armada del sultán Solimán, que en diciembre de 1522 tomaba la isla de Rodas. Adriano VI trató entonces de promover, sin éxito, una liga santa contra el infiel. Francisco se excusó de participar en la alianza en tanto que Milán no le fuera restituido. Y para menoscabo de su honra internacional, orquestó con el cardenal Francesco Soderini, líder de la facción francesa en Roma, un levantamiento en Nápoles que moviera las posiciones de Carlos en la Lombardía y permitiera a

los galos recuperar la desguarnecida Milán. A la luz de la reciente victoria turca, la presunta trama, destapada triunfalmente por el cardenal Giulio de' Medici, se interpretó como una deliberada operación por llevar a Italia a la guerra y la ruina. Soderini fue encarcelado en Sant'Angelo.

Adriano publicó entonces una tregua de tres años entre los príncipes cristianos; quienes no la cumplieran caerían en la excomuniación y el interdicto. A continuación, exhortó a Francisco I a que hiciera honra del título de cristianísimo y se elevara en defensa de la cristianidad. Pero el gallo respondió con altivez, dirigiéndose al pontífice y a los cardenales en términos inadmisibles y amenazando con designar un antipapa.

Ante esta actitud, Adriano impulsó una alianza contra Francia y en defensa de la cristiandad, a la que, amén de Carlos y su hermano Fernando, archiduque de Austria, se adhirieron Inglaterra, Venecia, Milán, Génova, la Florencia de los Medici, Siena y Lucca. Apenas, sin embargo, pudo hacer. Pocos días después, el papa enfermaba y, al cabo de un mes, fallecía, no sin antes conceder a Carlos y a cuantos le hubieran de suceder en el trono de España el derecho a designar sus propios obispos y arzobispos⁵; un derecho de presentación que acrecentaba sustancialmente los privilegios de la monarquía española, que en materia eclesiástica y en sus territorios pasaría a primar por sobre Roma. Corría el mes de septiembre de 1523.

En el consiguiente conclave no hubo sorpresas. El candidato favorecido por el emperador, Giulio de' Medici, resultó escogido, tomando el nombre de Clemente VII. Pero una vez más, contrariamente a lo que cabía esperar, el nuevo pontífice se inhibía del conflicto

entre Carlos y Francisco, rehusando incluso asistir, cuando la ocasión lo iba a requerir, al ejército imperial en la Lombardía.

Por aquellos días tenía también lugar la defección del condestable Carlos de Borbón, al que Francisco I, en sucesivos desafueros, había requisado parte de sus bienes y ultrajado su honor y privilegios. Abocado a un pacto con el emperador, el condestable se comprometió a invadir Francia tan pronto marchara su antiguo señor al Milanésado, inmerso como estaba en los preparativos de una nueva campaña. En contraprestación, vería satisfacer sus aspiraciones dinásticas, recibiendo la mano de la hermana de Carlos, Leonor de Habsburgo. El complot sin embargo se descubrió y debió huir y refugiarse en Besançon, en el ducado de Borgoña, quedando desde entonces al servicio del emperador.

No desistieron sin embargo las fuerzas coaligadas, que trataron igualmente de invadir el país por diversos frentes. Carlos atacó por el sur y el duque de Suffolk lo hizo por el norte. Pese al rápido avance de las tropas del segundo, las del sur corrieron una suerte dispar. Sin la ayuda de Carlos, el duque de Suffolk, que se hallaba a menos de cien kilómetros de París, debió renunciar al avance y licenciar a sus tropas. Francisco contraatacó en el Milanésado y, al mando de un poderoso ejército, puso en retroceso a las fuerzas imperiales. Tras recuperar casi todas las plazas de la Lombardía, el 24 de octubre de 1524, el rey francés penetraba en Milán, abandonada por las guarniciones imperiales, que entonces trataban de reagruparse en la fortaleza de Lodi.

En lugar de perseguir y acabar con estos contingentes a la fuga, el ejército francés comenzó el asedio de la ciudad fortificada de Pavía, defendida por un ejército de seis mil soldados alemanes y españoles al

mando de Antonio de Leyva. En noviembre, sus murallas eran bombardeadas, pero los imperiales conseguían rechazar el asalto. Intentó entonces Francisco penetrar en la ciudad atravesando el río Tizino, su defensa natural por el sur, pero las abundantes lluvias del invierno se lo impidieron. El combate pasó a ser un duelo infructuoso entre artillerías.

Amén de estos éxitos militares, Francisco también los obtuvo en lo diplomático: para enero ya había conseguido que Venecia y los Estados Pontificios abandonasen la liga contra Francia. Y con esta defección vino la de Enrique VIII y la disolución definitiva de la liga. Fue la de Clemente la traición más dolorosa para Carlos. El Medici arguyó la necesidad de evitar la guerra entre príncipes cristianos y se excusó por el temor a que los galos atacasen los Estados Pontificios. Permitió así el libre paso por sus territorios de los seis mil soldados desgajados de las fuerzas que asediaban Pavía, que, al mando del duque de Albania, Francisco enviaba a Nápoles, en la vana creencia de que así conseguiría dividir las fuerzas imperiales; unas fuerzas imperiales que en Lodi se habían reforzado con contingentes de lansquenets alemanes y arcabuceros españoles y que ahora marchaban al auxilio de Pavía, en la que resistían tenazmente Leyva y sus soldados. Tras algunas escaramuzas iniciales, el 24 de febrero, día del aniversario del emperador, sus comandantes lanzaron una gran ofensiva sorpresa contra los franceses. El resultado no pudo ser más inesperado: el ejército galo era aniquilado y Francisco, hecho prisionero [fig. 4]. Así cifraba el éxito de esta memorable batalla Alfonso de Valdés, secretario de letras latinas del emperador⁶:

«Parece que Dios milagrosamente ha dado esta victoria al emperador para que pueda no solamente defender la cristiandad y resistir a la potencia del turco, si osare acometerla; mas sosegadas estas guerras civiles (que así se deben llamar, pues son entre cristianos), ir a buscar [a] los turcos y moros en sus tierras [... y] cobrar el imperio de Constantinopla y la casa santa de Jerusalén que por nuestros pecados tienen ocupada. Para que, como de muchos está profetizado, debajo de este cristianísimo príncipe, todo el mundo reciba nuestra santa fe católica y se cumplan las palabras de nuestro Redentor: *Fiet unum ovile et unus pastor* [‘formaré un solo rebaño y un solo pastor’]».

Francisco fue conducido a Nápoles y finalmente a Madrid, donde permaneció prisionero, según es creencia, en la Torre de los Lujanes. Tras casi un año de cautiverio, se decidió por fin a aceptar las condiciones, poco complacientes, que le ofrecía el emperador. El 14 de enero de 1526 firmaba el llamado Tratado de Madrid, por el que se comprometía a abandonar los territorios ocupados del ducado de Borgoña y a desistir en sus pretensiones sobre Italia y Artois. Debía restituir además al condestable Carlos de Borbón en sus posesiones y dominios; e imponer a Enrique Albret la renuncia a sus pretendidos derechos sobre Navarra. Y para garantizar el cumplimiento de los términos del tratado, el francés entregaría a sus dos hijos mayores, el delfín y el duque de Orleans, que hasta entonces serían huéspedes y rehenes del emperador. A partir de esa fecha, Carlos poseería el poder hegemónico de la *república christiana*.

Huelga decir que poco después de intercambiar a sus hijos en la frontera y pisar suelo francés, el rey denunciaba que el tratado le había sido



Fig. 4: Dirck V. Coornhert, a partir de Maarten van Heemskerck, *Francisco I capturado durante la batalla de Pavia, 1555-1556*

impuesto bajo coacción y demoraba con excusas su cumplimiento.

Fue entonces cuando Enrique VIII, temeroso de la posición que Carlos ocupaba en el nuevo orden internacional, se aproximó a Francisco, que no reparó en medios para hacer también a su causa a los viejos implicados en el conflicto. En mayo de 1526 nació la Sagrada Liga de Cognac, que coaligaba a los ejércitos de Francia, los Estados Pontificios y Florencia –el papa Medici consumaba así su traición–, el ducado de Milán –esto es, las tropas de Francesco II Sforza, que olvidaba también quién había sido su valedor– y Venecia y que tenía por protector a Enrique VIII de Inglaterra.

Carlos, que apenas rubricado el tratado de Madrid había marchado a Sevilla para casar con Isabel de Portugal, vio así trocar el escenario que había imaginado: libre de recibir en Roma la corona imperial, convocar un concilio de reforma, aplastar la revuelta luterana en Alemania y marchar en campaña contra el turco.

Determinados a desprenderse del dominio del emperador, los primeros en entrar en la batalla fueron los italianos. Aprovechando la desorganización y la precariedad económica en que se encontraban los ejércitos imperiales en el norte de Italia, las tropas de la Liga, al mando del duque de Urbino, se hicieron rápidamente con Lodi y se aprestaron a tomar Milán. Sin embargo, la llegada de las huestes de Carlos de Borbón las puso en pronta retirada. Poco tiempo después, Sforza, que había resistido en su castillo, debía capitular y abandonar Milán a los imperiales. Y no corrían mejor suerte las tropas de Clemente VII, que eran rechazadas con estrépito en Siena. Pese a los reveses y las acusaciones dirigidas a Francisco I, que corto de recursos no había corrido en auxilio de sus coaligados en Italia, la Liga no desistió, confiada en

que el francés había de enviar la prometida ayuda. Pero esta no llegaba y el papa comenzó a sentir la amenaza imperial.

En septiembre de 1526, las huestes del general valenciano Hugo de Moncada y las asoldadas por el cardenal Pompeo Colonna, feudatario del reino de Nápoles y en aquellos días enemigo declarado de Giulio de' Medici, atacaban desde el sur los Estados Pontificios, entrando en Roma al grito de *¡Imperio y libertad!* Mientras Clemente VII y unos pocos cardenales se refugiaban en la fortaleza de Sant'Angelo, las tropas imperiales se entregaban al saqueo del palacio apostólico y la sacristía de San Pedro. Al poco, el papa capitulaba y aceptaba una tregua de tres meses con el emperador. Se convenía que las tropas de Clemente abandonaran la Lombardía y retornaran a Roma, al tiempo que otorgaba el perdón al cardenal Colonna y a cuantos hubieran tomado parte en el asalto de la ciudad. Para cumplimiento de lo pactado, Clemente enviaría a Nápoles a uno de sus deudos⁷.

Nada cumplió el Medici. Antes al contrario, reforzó abiertamente sus tropas, excomulgó a Pompeo Colonna, lo declaró enemigo de la Iglesia y ordenó el saqueo de sus tierras y castillos.

Mientras esto sucedía en Roma, al norte, las tropas del emperador se reforzaban poderosamente. Al mando del coronel alemán Georg von Frundsberg, doce mil temibles lansquenetes, en su mayor parte protestantes, llamados en defensa de su señor natural y prontos a abolir el poder pontificio, descendían a través de los Alpes al encuentro del condestable Carlos de Borbón, con quien además se reunían cinco o seis mil soldados españoles provenientes de los tercios, dirigidos por Alfonso de Ávalos y no menos aterradores, y un tercer contingente de veteranos irregulares italianos, más de tres mil, a las órdenes de

algunos señores y capitanes de aventura de aquellas tierras levantiscas. Atemorizado, el papa escribía al condestable para saber cuánto sería «menester para pagar a los lansquenetes y que se vayan a Alemania»⁸.

Los temores de Clemente no eran, desde luego, infundados. En febrero de 1527, aquella mesnada heteróclita y turbulenta, a la que se adeudaba buena parte de sus soldadas, se congregaba en las proximidades de Piacenza, en la marca septentrional de los Estados Pontificios. Y sin fondos con que retribuir a las tropas, el Borbón permitía que se entregaran al pillaje y la extorsión —que no hubo burgo o villa que, a su paso, pudiera escapar de la depredación—. Y así, entre maniobras y negociaciones de una y otra corte —lentas, en el caso imperial, dadas las distancias; el emperador supervisaba las operaciones desde España—, a comienzos de la primavera, el camino a Roma quedaba abierto. El condestable, incapaz de contener a alemanes y españoles más que prometiéndoles el botín de la vieja *caput mundi*, les dejó avanzar. Aquí, el saqueo, objetivo corriente de los mercenarios, poseía una irresistible atracción, de la que Carlos de Borbón, experto hombre de guerra, sabía servirse. Jamás, en aquel estado latente de indisciplina y desprovisto de artillería, hubiera podido acometer un sitio en toda regla⁹.

Y por si fuera poca la presión, en el sur, los ejércitos del virrey de Nápoles Charles de Lannoy y la familia Colonna se robustecían y avanzaban sobre Roma.

A finales de marzo, el virrey, llamado por el pontífice a negociar, pactaba alejar al *exercitus caesareus* a cambio de una fuerte suma. Pero ya nada, ni un acuerdo que no satisfacía a todas las partes, conseguía frenar la caída sobre Roma de las tropas del condestable. Al alba del 6 de mayo de 1527 y al amparo de una espesa niebla, las huestes de

Carlos de Borbón irrumpían en Roma. Por poco no era capturado el mismo Clemente —y es difícil imaginar qué hubiera ocurrido en tal caso—, que huía de San Pedro a través del conocido *passetto di Borgo* y conseguía refugiarse a duras penas en Sant’Angelo. Contaba Paolo Giovio, huido entonces con el pontífice, que para evitar que sus atavíos blancos lo delatasen y desde la calle fuera abatido por los imperiales, había tenido que cubrirlo, mientras ambos corrían aterrorizados, con su manto morado de obispo¹⁰. Cuando los rastrillos de la fortaleza cayeron [fig. 5], en su interior se guarecían cerca de tres mil hombres, entre los que se contaban embajadores, cardenales y el personal de la Curia, además de dos conocidos escultores reconvertidos en artilleros: Benvenuto Cellini y Raffaello da Montelupo¹¹.

No obstante el éxito de la entrada, el Borbón moría durante el feroz asalto a la ciudad [fig. 6], de un arcabuzazo descerrajado, si hemos de creer su relato, por el siempre genial y excesivo Cellini. Así lo rememoraba, años después, el florentino¹²:

«Desde las murallas del Camposanto vimos aquel maravilloso ejército, dispuesto ya a tomar la ciudad. En aquella parte de las murallas yacían muertos muchos de nuestros defensores y el combate era encarnizado, en medio de una niebla muy densa. Me volví hacia Alessandro y le dije: “Regresemos a casa lo más pronto posible, pues esto no tiene remedio. Ved cómo el enemigo escala la muralla y los nuestros huyen”. Alessandro me respondió espantado: “¡Ojalá no hubiéramos venido!”, y se volvió para salir corriendo, pero yo lo detuve diciéndole: “Puesto que me habéis traído, menester es comportarnos como hombres”. Dirigí mi arcabuz hacia un nutrido grupo de enemigos, donde la batalla era



Fig. 5 y 6: Dirck V. Coornhert, a partir de Maarten van Heemskerck, *El Saco de Roma y La muerte de Carlos de Borbón*, 1555-1556



feroz, y apunté hacia uno que se destacaba por encima de los demás, pero sin saber a quién, pues la niebla era muy espesa. Volviéndome a Alessandro y Cechino, les pedí que dispararan sus arcabuces hacia aquella dirección, explicándoles cómo protegerse de los proyectiles enemigos. Cada uno de nosotros disparó dos veces; luego me asomé sobre la muralla y vi que una extraordinaria confusión reinaba en el campo enemigo, pues una de nuestras balas había matado a quien los capitaneaba, y que, como luego supimos, era nada menos que el Borbón, el mismo que vislumbré entre la niebla».

Comenzaba así el largo y tristemente recordado *Sacco di Roma* [fig. 7]¹³. Caída la única autoridad que podía restablecer una cierta disciplina entre las tropas, la ciudad fue presa del pillaje más atroz y desorganizado. Apenas dos días después, a estas huestes furibundas se unían los campesinos de los feudos de Pompeo Colonna, llamados a vengar las pasadas afrentas y saqueos clementinos.

La noticia de la toma de Roma por las tropas imperiales pronto conmocionó al mundo. Su primera consecuencia fue el alzamiento del pueblo florentino —que contó con el concurso entusiasta del gigante Miguel Ángel—, que rechazaba la autoridad medicea y restablecía la república. La conmoción también alcanzó a aquel lejano emperador que dirigía las operaciones desde España: la capital de la cristiandad era presa del saqueo descontrolado de sus ejércitos, y el Santo Padre, su cabeza, permanecía cautivo en Sant'Angelo; él, que se arrogaba el título de campeón de la fe y quería llamar a un concilio de reforma. Sin embargo, sus vacilaciones a la hora de afrontar el saqueo y las negociaciones habrían de salir muy caras a la ciudad y su pontífice.

En este pandemonio, Clemente VII buscaba aceleradamente una solución que permitiera salir a la Santa Sede de aquel ignominioso y cruento estado. El 5 de junio alcanzaba un acuerdo con los capitanes del ejército imperial: permanecería preso, junto con algunos cardenales, en Sant'Angelo, donde se posicionaría una guarnición imperial, hasta que las plazas fuertes de los Estados Pontificios se rindieran y pagaran las debidas indemnizaciones. Nada sin embargo podía refrenar la violencia abyecta de las milicias, cuyo paso traía «el oprobio para las reliquias, el fuego para las iglesias, la violación para las monjas, el estupro para las matronas, la esclavitud para los jóvenes»¹⁴.



Fig. 7: Matthäus Merian, *Los lansquenetes parodiando un cortejo papal*, grabado contenido en J. W. Gottfried, *Historische Chronica...*, Frankfurt, 1630

Así, sin ambages ni dilemas, presentaba el escenario de aquellas jornadas uno de los capitanes de los lansquenetes:

«El 6 de mayo tomamos Roma por asalto, matamos a seis mil hombres, saqueamos las casas, nos llevamos lo que encontramos en las iglesias y demás lugares y finalmente prendimos fuego a una parte de la ciudad. ¡Extraña vida esta! Rompimos y destruimos las actas de los copistas, los registros, las cartas y documentos de la Curia. El papa se fugó al castillo de Sant'Angelo con su guardia y los cardenales, obispos, romanos y miembros de la Curia que habían escapado a la matanza. Lo tuvimos sitiado tres semanas, hasta que forzado por el hambre se rindió el castillo. El príncipe de Orange [que había sustituido a Carlos de Borbón en el gobierno del ejército] y los consejeros del emperador designaron a cuatro capitanes españoles [...] para la entrega del castillo. Una vez realizada, encontramos al papa Clemente con sus doce cardenales en una sala baja. El papa tuvo que firmar el tratado de rendición que le leyó el secretario. Se lamentaban y hasta lloraban. Y nosotros llenos de oro.

»No hacía dos meses que ocupábamos Roma, cuando cinco mil de los nuestros murieron de peste, pues no se enterraban los cadáveres. En julio abandonamos la ciudad medio muertos para buscar aires nuevos...

»En septiembre, de vuelta a Roma, la saqueamos de nuevo y encontramos tesoros escondidos. Y allí nos quedamos acantonados durante seis meses más».

A principios de diciembre, el papa, recién liberado de su prisión, aprovechaba el general desconcierto de los imperiales y conseguía huir hasta Orvieto, ciudad fortificada a unas jornadas al norte. No sería hasta

febrero de 1528, como adelantaba nuestro capitán de *extraña vida*, que las tropas carolinas abandonarían a su suerte la *misera caput mundi*, a la que entonces también castigaban la peste y la malaria. Y por si no fuera suficiente tormento, la misma tarde que los lansquenets dejaban Roma, la bellaquería reunida por el abad de Farfa y el bandido Amico d'Arsoli, al servicio del rey francés, asaltaba nuevamente la ciudad¹⁵.

«¿Pareceos cosa de sufrir que el emperador haya hecho en Roma lo que nunca infieles hicieron y que, por su particular pasión y por vengarse de un no se qué, haya así querido destruir la Sede Apostólica con la mayor ignominia, con el mayor desacato y con la mayor crueldad que jamás fue vista y oída? [...] y ahora, nuestros cristianos, aunque no sé si son dignos de tal nombre, ni han dejado iglesias ni han dejado monasterios ni han dejado sagrarios, todo lo han violado, todo lo han robado, todo lo han profanado, que me maravillo cómo la tierra no se hunde con ellos y con quien se lo manda y consiente hacerlo. ¿Qué os parece que dirán los turcos, los moros, los judíos y los luteranos viendo así maltratar la cabeza de la cristiandad? ¡Oh, Dios, que tal sufres! ¡Oh, Dios, que tan gran maldad consentes! ¿Esta era la defensa que esperaba la Sede Apostólica de su defensor? ¿Esta era la honra que esperaba España de su rey tan poderoso? ¿Esta era la gloria, este era el bien, este es el acrecentamiento que esperaba toda la cristiandad? ¿Por esto adquirieron sus abuelos el título de católicos? ¿Para esto juntaron tantos reinos y señoríos debajo de un señor? ¿Para esto fue elegido por emperador? ¿Para esto los romanos pontífices le ayudaron a echar a los franceses [...]? ¡Tantas iglesias, tantos monasterios, tantos hospitales donde Dios solía ser servido y honrado, destruidos y profanados! ¡Tantos altares, y aun la

misma iglesia del príncipe de los apóstoles, ensangrentados! ¡Tantas reliquias robadas y con sacrílegas manos maltratadas! ¿Para esto juntaron sus predecesores tanta santidad en aquella ciudad? ¿Para esto honraron las iglesias con tantas reliquias? ¿Para esto les dieron tantos ricos atavíos de oro y de plata, para que viniese él, con sus manos lavadas, a robarlo, a deshacerlo, a destruirlo todo? ¡Soberano Dios! ¿Será posible que tan gran crueldad, tan gran insulto, tan abominable osadía, tan espantoso caso, tan execrable impiedad quede sin muy recio, sin muy grave, sin muy evidente castigo? Yo no sé cómo acá lo sentís; y si lo sentís, no sé cómo lo podéis disimular»¹⁶.

Estas eran las acusaciones a las que Carlos había de enfrentar. Y esta la respuesta transmitida desde el bando imperial: «el emperador ninguna culpa tiene en lo que en Roma se ha hecho [...] y todo lo que ha acaecido ha sido por manifiesto juicio de Dios, para castigar aquella ciudad, donde con gran ignominia de la religión cristiana reinaban todos los vicios que la malicia de los hombres podía imaginar...»¹⁷.

Pese al valor simbólico que poseía la caída de aquella soberbia Babilonia [figs. 8 y 9] y su pontífice, asimilado al Anticristo [fig. 10]¹⁸, y pese al estremecedor eco con que retumbó en toda la cristiandad, de nada había de servir en lo militar aquel larguísimo saqueo.

En 1528, las tropas imperiales destacadas en el norte de Italia se hallaban en un estado precario y por fin las francesas se avenían a participar en el conflicto. En abril, el ejército del general Lautrec, reforzado por las intrépidas Bandas Negras, la compañía de aventura organizada en 1517 por el capitán Giovanni de' Medici, sobrino del pontífice, y que desde su muerte en 1526¹⁹ dirigía Orazio Baglioni, atravesaba Ita-



Fig. 8: Lucas Cranach, *La destrucción de Babilonia*, grabado contenido en el *Septembertestament* de Lutero, Wittenberg, 1522. Cotéjese la derruida Babilonia con la Roma de la Fig. 9

lia y llegaba a las mismas murallas de Nápoles, cuyo puerto era ahora bloqueado por la poderosa flota del almirante genovés Andrea Doria, que ya había trabajado al servicio de todas las partes y por entonces lo hacía para Francia. La venganza de la Liga parecía próxima, pero una vez más los vientos habían de soplar favorablemente para Carlos. Primero fue la retirada de la flota de Doria, que, cansado de los desprecios de Francisco y pronto a concluir el contrato que los unía, acordaba en junio ponerse al servicio imperial²⁰. Poco después, el cólera se propagaba por entre las tropas francesas y acababa con el propio Lautrec. Y

Fig. 9: Anónimo, *Vista de Roma* (detalle), grabado contenido en la *Weltchronik*, Nuremberg, 1493



todavía había de venir la brutal insurrección de la soldadesca. A comienzos de septiembre, el príncipe de Orange hacía saber al emperador que la guerra en el sur había terminado.

Y no solo aquí se veían frustradas las ambiciones de Francisco. En septiembre, Génova se sacudía del dominio francés con el apoyo de las galeras del almirante Doria. La república sería desde entonces protectorado imperial.

El 6 de octubre, el sumo pontífice volvía finalmente a Roma. Habían transcurrido más de siete meses desde que la abandonaran los

Passional Christi und



Antichristi .



Es ist ergriffen die Bestia vñ mit yr 8 falsch prophet der durch
 sie zeychen than hat do mit er vorfurd hat/ die so heyn zeychē

Fig. 10: Grabados de Lucas Cranach para el *Passional Christi und Antichristi*, Wittenberg, 1521: Ascensión de Cristo vs. Descenso del papa-Anticristo a los infiernos

soldados de los tercios y los lansquenets. Esta vez, el escenario general lo describía el propio Clemente, en una elocuente carta dirigida al emperador victorioso²¹:

«Debería alegrarnos tras un naufragio tal, y aunque despojados de todo, haber llegado a puerto; pero nuestro dolor ante la ruina de Italia, visible a todos los ojos, y sobre todo ante la desgracia de esta ciudad —nuestra propia desgracia—, ha aumentado al ver el aspecto de Roma. Solo nos queda la esperanza de poder curar las numerosas heridas de Italia y de la cristiandad, por todos los medios que nos ofreces y resucitar la ciudad con nuestra presencia y la de la Curia, pues [...] no tenemos ante nuestros ojos más que un cadáver despedazado, y nada puede aliviar nuestro dolor, nada puede restaurar esta desdichada ciudad y esta Iglesia salvo la esperanza de paz y tranquilidad que solo de ti depende».

Y así lo era, ciertamente. Ante la pavorosa imagen que ofrecía Roma²² y tras el reciente colapso francés en Italia, a Clemente no le quedaba más opción que el acuerdo con Carlos, a despecho y traición de sus todavía coaligados. Al fin y al cabo, solo el César podía restaurar en Florencia el poder de los Medici, problema de particularísimo interés para Su Santidad; y solo él podía sosegar y proteger a la cristiandad, aniquilando la revuelta luterana en Alemania y frenando el avance por el este de las tropas de Solimán, que, tras asolar Hungría, presionaban sobre las fronteras de Austria.

El 29 de junio de 1529, Carlos y el nuncio pontificio sellaban en Barcelona una alianza en defensa de la cristiandad y en contra del

turco y el hereje, que así se decía llamar, por menos que fueran esas las cuestiones que entonces se dirimían. Por esos mismos días, y como para refrendar el buen sentido de la resolución, el ejército imperial en la Lombardía vencía a las tropas de refresco francesas comandadas por el conde de Saint Pol, quien además caía preso del general Antonio de Leyva. El César tenía ahora a su merced la península de Italia.

Por el Tratado de Barcelona el emperador se comprometía a prestar su ayuda a Clemente, si con la armas fuera menester, para la restitución de Florencia a los Medici y para el restablecimiento del poder temporal de la Iglesia en las ciudades de Rávena y Cervia, en manos del dogo de Venecia, y las de Módena, Reggio y Rubbiera, en posesión del duque de Ferrara. En cuanto al ducado de Milán, la cuestión quedaba por resolver en tanto no se celebrara un juicio contra Francisco II Sforza. Carlos, junto con Fernando I de Austria, se comprometía a someter a los herejes de sus territorios, ya fuera por convicción o por la fuerza, y a lanzar sus tropas contra el turco; empresas a las que el papa asistiría con su apoyo económico. Por su parte, Clemente renunciaba en favor de Carlos V a todo derecho sobre el reino de Nápoles a cambio de una simbólica suma anual: una hacanea y siete mil ducados; concedía libertad de paso al ejército imperial por territorio pontificio; y levantaba las penas eclesiásticas derivadas del Saco²³.

Y a fin de refrendar este acuerdo, el César se desplazaría a Italia para tratar directamente con Clemente y establecer los términos de una paz general. Así justificaba Carlos su decisión²⁴:

«Y si mi ida a Italia es por quererme coronar, sed ciertos que el papa me enviaría aquí la corona, y esto no lo digo porque lo pienso, sino por-

que el mismo papa me lo ha ofrecido, de lo cual podréis inferir cuánta mayor gloria sería para mí venir el papa a coronarme a España que no yo írsela a pedir a Roma [...]. El fin de mi ida a Italia es para procurar y trabajar con el papa que se celebre un general concilio en Italia o en Alemania para desarraigar las herejías y reformar la Iglesia [...] y en los siglos venideros merec[er]ía ser infamado y en el otro mundo muy castigado, si por reformar la Iglesia y destruir aquel maldito hereje [Lutero], no hiciese todo lo que pudiese y aventurase todo lo que tuviese [...] Es también mi intención de pasar en Italia para reformarla y sosegarla y apaciguarla [...] y no puedo yo hacerle mejor restitución y darle mayor descargo que destruir de ella la guerra por muchos años y procurarle una perpetua paz [...]. Y es también mi intención de pasar en Italia por ver los reinos y estados y vasallos que tengo en ella [...] estos son los motivos que me mueven a ir y a emprender tan grande jornada...».

La derrota francesa en la Lombardía y el acuerdo alcanzado en Barcelona precipitaban el final de la Liga. Apenas un mes después, Margarita de Austria, tía de Carlos y gobernadora en su nombre de los Países Bajos, y Luisa de Saboya, madre de Francisco y, durante su prisión, regente de Francia, rubricaban en Cambrai la llamada Paz de las Damas, que ponía fin a los enfrentamientos entre Francia y el Imperio. El monarca galo abandonaba la Liga de Cognac, desistía de sus pretensiones sobre Italia y se avenía a ayudar al César, si acaso fuera necesario, a imponer su dominio sobre aquellos territorios; renunciaba además a sus derechos sobre Flandes y Artois; se comprometía a reponer en sus derechos y posesiones a los herederos del condestable de Borbón; a pagar las deudas contraídas por el emperador con el rey

de Inglaterra; y a recibir en matrimonio a Leonor de Habsburgo, con una dote de un millón de escudos. Carlos, por su parte, renunciaba definitivamente al ducado de Borgoña²⁵.

La Paz se ajustó mientras Carlos se dirigía a Génova, primera etapa de aquellas gloriosas jornadas que estaban por llegar. El 12 de agosto, tras quince días de navegación a bordo de la lujosa galera prevenida por el almirante Andrea Doria²⁶, el emperador desembarcaba en la *Superba*, donde era recibido, entre el júbilo y la curiosidad general, con «solemnes triunfos y teatros, que semejaban la antigua pompa de los romanos»²⁷. La llegada a Italia coincidía además con un significativo cambio en su imagen. Carlos se despojaba de la media melena cuadrada que hasta entonces había utilizado²⁸, a la moda de España y los países del norte, y adoptaba para sí un nuevo y más *romanizado* aspecto [figs. 11-12]: cabellos rizados y a media oreja, «al uso de los emperadores romanos»²⁹, y una creciente barba *dorada* que ocultaba su excesivo prognatismo; «una imagen de referencia clásica que recordaba, sobre todo, al modelo de Marco Aurelio y se ajustaba más al concepto imperial de los italianos». Una transformación que, lejos de ser inocente, era fiel reflejo y expresión del cambio de ideal político que entonces se consumaba: «Carlos no ya como héroe cortés de la tradición medieval caballeresca, según el ejemplo erasmiano del *miles christi*, sino como emperador universal que ofrecía un modelo unitario comprensible a las diferentes culturas que concurrían en sus inmensos dominios»³⁰.

Carlos se hospedó en Génova durante dieciocho días, con un monto calculado para la república de cincuenta mil ducados de oro, cifra sin duda extraordinaria, incluso para recibir a un emperador, pero que tam-

bién tenía su causa en el vastísimo séquito del que se hacía acompañar en aquellas jornadas: nueve mil arcabuceros, mil jinetes e infinidad de nobles españoles, embarcados junto al César en Barcelona³¹.



Fig. 11: Anónimo, *Retrato de Carlos V*, c. 1520, Metropolitan Museum, NY

A Génova afluyeron embajadores y agentes de casi todas las naciones europeas. Un nuevo orden internacional se dibujaba para la cristiandad³² y todos querían saber qué lugar estaban llamados a ocupar. El 21 de agosto, los cardenales Farnesio, Santa Cruz e Ippolito de' Medici invitaban al emperador a reunirse en Bolonia con el pontífice y celebrar el ansiado *congreso*. Cuatro días después, los enviados de Margarita de Austria y Luisa de Saboya traían la feliz nueva de la paz firmada en Cambrai³³.

A finales de agosto, el emperador abandonaba Génova y ponía rumbo a los Estados Pontificios. En el trayecto, el general Antonio de Leyva y sus tropas se adherían al cortejo imperial. En espera de que todo estuviera ultimado para el encuentro, el César todavía se entretuvo dos meses en la ciudad pontificia de Piacenza. Allí ratificó la paz con Francisco, despachó con potentados y embajadores y supo de la grave situación a la que enfrentaba su hermano Fernando, que acosado por las huestes del sultán, mal resistía el cerco de Viena. Acuciado por las circunstancias, Carlos urgió a Clemente a adelantar su partida de Roma.

Mientras tanto, Bolonia se afanaba en crear un *teatro* apropiado a la alta función que allí había de representarse. A principios de octubre, el Senado boloñés liberaba una partida de mil ducados de oro para erigir el fastuoso escenario de las celebraciones³⁴: arcos de triunfo, galerías de columnas, palcos, tribunas, altares, capillas, pinturas, esculturas, colgaduras, enramados, alfombrados vegetales y otros diversos ornamentos. El objetivo era proyectar una imagen esplendente de la ciudad; y en aquel corto mes de incesante actividad –Clemente accedería finalmente a la ciudad el 24 de octubre–, las autoridades

no iban a dejar al albur ningún detalle: el 14 de octubre exhortaban a los vecinos, so pena de 25 ducados de oro, a limpiar, reparar y desembarazar las calles por donde habían de discurrir los cortejos: el eje trazado por la vieja vía Emilia, entre la puerta Maggiore (este) y la de San Felice (oeste), con confluencia central en la Piazza Maggiore³⁵ [fig. 13]; asimismo, a fin de evitar la picaresca local y permitir el adecuado aprovisionamiento de las comitivas, nueve días después, los magistrados procedían a fijar el precio de venta del vino dulce, la leña, las velas de sebo, el pasto y el grano para las cabalgaduras; también hacían saber a los numerosos vecinos que habían de alojar a los miembros de una u otra comitiva, que no estaban obligados a proporcionar más que aposento; y que, en caso de dar algo de más, bien podían hacerse pagar por sus huéspedes³⁶; por último, instaban a la población a acudir a la entrada de Su Santidad, advirtiendo en todo caso que no vistieran prendas rotas o raídas, sino las más honorables de que pudieran disponer³⁷.

Un ejército de artistas y artesanos procedía entretanto a la construcción del suntuoso decorado prevenido³⁸. Solo nos han llegado unos pocos nombres –acaso sean los principales– de los artífices implicados en la elaboración del aparato efímero: los hay que ya laboraban en Bolonia, caso del pintor y tracista Amico Aspertini y del escultor Alfonso Lombardi³⁹; y también los que vinieron llamados por la ocasión, caso del aretino Giorgio Vasari [fig. 14]⁴⁰ y del flamenco Pieter Kempeneer⁴¹. Con todo, no fueron los únicos artistas que arribaron entonces a la ciudad, a la que también afluyeron, ya integrados en el *entourage* de los muchos príncipes presentes en aquel congreso, ya a la búsqueda de promoción para sus obras, el pintor Francesco Mazzuo-

la, más conocido como Il Parmigianino [fig. 12]⁴², el escultor Baccio Bandinelli⁴³, el medallista y entallador Giovanni Bernardi da Castelvolognese⁴⁴ y tal vez hasta el propio Tiziano⁴⁵.



Fig. 12: A partir del Parmigianino, *Retrato alegórico de Carlos V*, c. 1530, colección privada

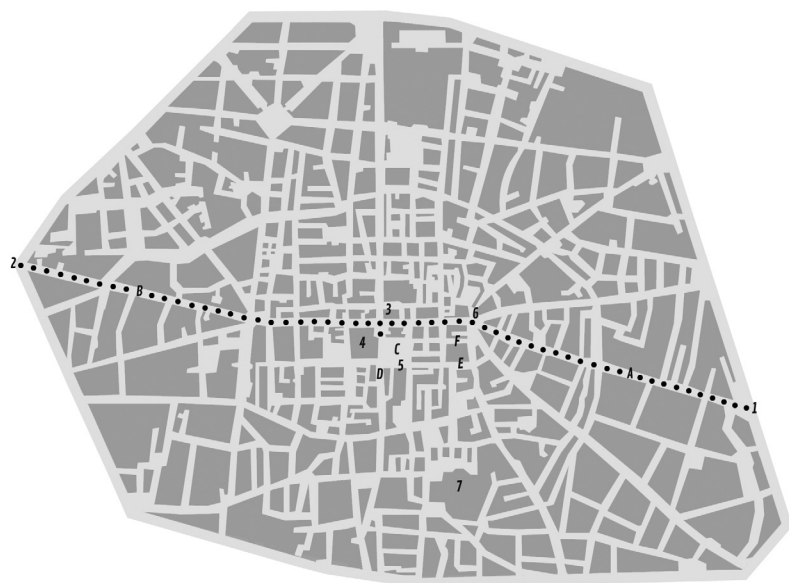


Fig. 13: Planta de Bolonia. Itinerario de las comitivas y principales hitos urbanos de aquellas celebraciones: 1. Porta Maggiore; 2. Porta San Felice; 3. Palazzo Scappi; 4. Palazzo Pubblico; 5. Basilica San Petronio; 6. Due Torri; 7. Basilica San Domenico; A. Strada Maggiore; B. Via San Felice; C. Piazza Maggiore; D. Via Azeglio; E. Via Clavature; F. Via Orefici. Esquema de elaboración propia.

Por fin, el 24 de octubre de 1529, el papa Clemente VII procedía a entrar solemnemente en Bolonia. A la tarde siguiente, Carlos se despedía de Piacenza y, tras varias jornadas de marcha y un brevísimo receso en Parma, el 5 de noviembre accedía triunfalmente a la vieja ciudad de la Flaminia.

El recibimiento que les fue dispensado y los festejos que allí tuvieron lugar constituyen uno de los grandes hitos conmemorativos de la centuria. Una nueva era había de surgir de aquel magno evento⁴⁶; y a este cambio también habían de contribuir las formas celebrativas.

De la coronación de raigambre medieval oficiada en Aquisgrán en 1520 al extraordinario *revival* clasicista que a la sazón conocería Bolonia. Y es que, como acertadamente señalara Roy Strong, «la recuperación del imperio representado en la figura del emperador Carlos V proporcionaba al fin a los humanistas y artistas del Renacimiento un vehículo viviente a quien poder aplicar legítimamente todo el repertorio redescubierto de la Antigüedad clásica [...] el uso de los motivos de la arquitectura clásica y la recreación de los triunfos imperiales en su honor tenía un sentido más allá de la simple retórica vacía»⁴⁷.

Ilustrativas en este sentido pueden resultar las palabras con que principiaba una temprana relación sevillana de la entrada de Carlos en Bolonia: «para más honrar y mejor celebrar y engrandecer la pomposa entrada de nuestro César máximo, la ínclita ciudad de Bolonia hizo este aparato magnífico a imitación de los antiguos triumphos en que mandó hazer y construir muchos arcos triunfales con memorables títulos en ellos y en las puertas y mágenes y estatuas»⁴⁸.

Cuatro fueron los hitos fundamentales de aquellas celebraciones: las entradas triunfales de Clemente y Carlos, la coronación imperial y la gran cabalgata final. Y cuatro los meses que aún debieron mediar entre los primeros y los últimos festejos. En el ínterin, Carlos y sus cancilleres desplegaron una eficaz y muy fructuosa actividad diplomática⁴⁹, recibiendo a cuantos representantes acudieron a la ciudad —que no hubo estado italiano o potencia europea que no asistiera al congreso— y cerrando diversos acuerdos y compromisos. El 23 de diciembre de 1529, se concluyó una alianza entre Clemente VII, Carlos V, el archiduque Fernando, Venecia, Francesco II Sforza, Mantua, Saboya, Monferrato, Urbino, Siena y Lucca.



Fig. 14: Giorgio Vasari, *Coronación de Carlos V*, 1556-1562, Palazzo Vecchio, Florencia

Solo cuando los términos de este nuevo concierto internacional quedaron fijados y la situación de Viena vio cambiar favorablemente, se acordó llevar a cabo, también en Bolonia, la ceremonia de la coronación⁵⁰.

Dado que la espectacularidad de este tipo de festejos se cifra en las comitivas y los escenarios dispuestos en alabanza y gloria de sus protagonistas [fig. 15], describiremos a continuación los habidos en sendos accesos triunfales⁵¹. Para las funciones postreras recuperaremos, sin embargo, el testimonio de dos de sus *cronistas*: Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim⁵², autor del opúsculo intitulado *De duplici Coronatione Caroli V Caesaris apud Bononiam Historiola* [traducido del latín al español por Antonio Bernárdez], y Nicolas Hogenberg, artífice de los cuarenta grabados calcográficos que, siguiendo la narración de Agripa, guardan registro gráfico de la deslumbrante cabalgata que siguió a la coronación [estampas restauradas digitalmente para la ocasión y presentadas, como en algunas de sus primeras ediciones, en un largo desplegable].

Ambas obras han de ponerse en relación directa con Margarita de Austria y la corte de Malinas y ambas han de considerarse en cierto modo espurias. Como flamante cronista de los hechos del emperador⁵³, Agripa recibió de la regente, más sensible que su sobrino Carlos a las posibilidades propagandísticas que ofrecían la imprenta y el grabado, el encargo de escribir un epítome de este evento⁵⁴. Y para vencer la dificultad que suponía que no hubiese estado presente en la coronación, le hizo entrega de una relación «enviada aceleradamente desde Italia» —como no olvidaba referir Agripa en el prefacio de su *Historia*⁵⁵. Esta obrita, la redactada finalmente por Agripa, «tiene

detalles tan refinados y escritos con tanta viveza, que leyendo su folleto se pueden reconstruir las escenas y los lugares como si realmente vivieran en el presente. Es más bien que historia una crónica de periódico [...] Pinta literariamente las escenas con tal minuciosidad que pudiera ser comentario de las estampas [...] de Hogenberg»⁵⁶. Como, en efecto, así era.

Tampoco Hogenberg, pintor y grabador muniqués, estuvo presente en Bolonia. Se basó para la ejecución de su espectacular friso calcográfico —que en su versión original superaría los once metros y que según cálculos estimados reproduce 417 figuras, 120 caballos y 22 mulas⁵⁷— en la narración precedente de Agripa⁵⁸; y así lo revela no solo el minucioso examen de los diferentes grupos que conforman el cortejo, en todo coincidentes con la ordenación propuesta por Agripa, sino también las inscripciones latinas que incorporan al pie las figuras, extraídas en su totalidad del relato del cronista.

Aunque no existe evidencia de que esta obra fuera comisionada por Margarita, la presencia en Malinas del artista, que incluso grabó en 1531 cuatro estampas que conmemoraban la muerte de la regente —fallecida en diciembre de 1530—, y la dependencia del texto de Agripa, privilegiado por entre tantas relaciones del evento como se publicaron, nos llevan a pensar en un más que probable entorno de producción compartido⁵⁹.

24 DE OCTUBRE DE 1529.

ENTRADA TRIUNFAL EN BOLONIA DE CLEMENTE VII.

COMITIVA Y APARATO PREVENIDO

No excesivamente numerosa fue la comitiva que acompañó al pontífice en su entrada a Bolonia⁶⁰. Iniciaban la cabalgata cuarenta mulas cubiertas de paños rojos con las armas del pontífice a ambos flancos. Les seguían confusamente muchas cabalgaduras, así de familiares como de grandes hombres, en compañía de la clerecía local, ordenada según jerarquía, y las valijas de los cardenales y sus familiares. A continuación marchaban los maceros de los cardenales; los alguaciles; los oficiales de la tierra; y los tribunales, en número de ocho y a caballo, portando sus estandartes, que precedían a la familia de Su Santidad, no muy numerosa, a los clérigos, a los canónicos y al obispo sufragáneo. Tras estos, cuatro hacaneas con gualdrapas de terciopelo carmesí y dorado; y el Sacramento, sobre la grupa de un rucio y bajo baldaquino de brocado, escoltado por los obispos de Nepi, Tívoli y Cortona, del sacristán prefecto del Oratorio, muchos clérigos y personas de consideración y muy pocas antorchas —como revelaba un testigo del evento—. Venían después, sobre mulas ricamente engalanadas, diecisiete cardenales con capas y capuces de chamelote carmesí recamado, a los que seguían a pie veinticuatro pajes escogidos de entre la nobleza boloñesa y, por fin, el pontífice, que avanzaba bajo palio, portado por próceres locales, y sobre silla gestatoria. Tras el grupo de Clemente, el arzobispo de Zara, el protonotario Gambará, el capitán Guaino y las guardias de alabarderos y arcabuceros. Cerraban el cortejo arzobispos, obispos y muchos otros cortesanos, en número indeterminado, a los que seguía la caballería ligera [fig. 16].

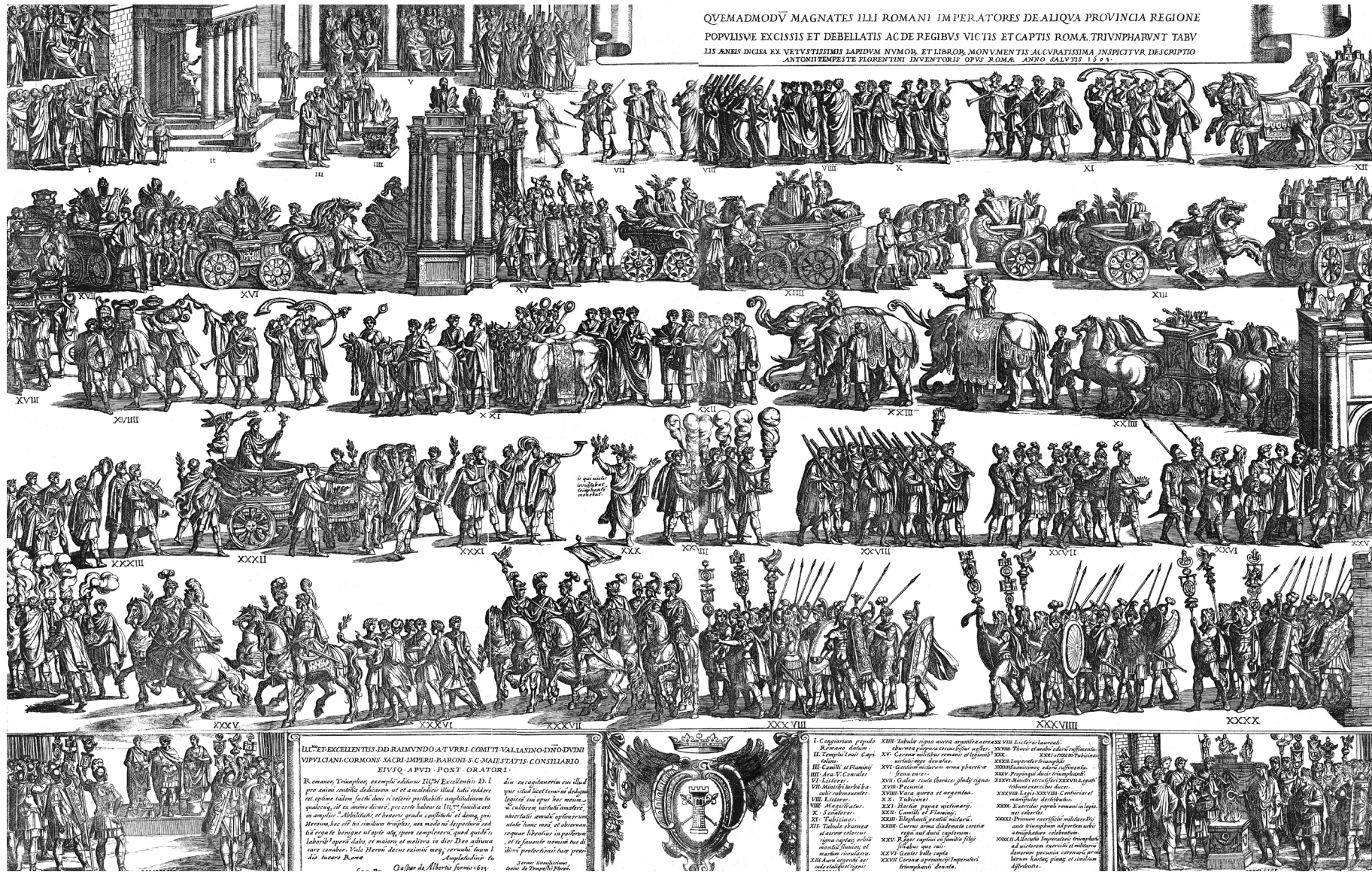


Fig. 15: A. Tempesta, Antiguos triunfos de los emperadores romanos, 1603

El primer arco⁶¹ que debía cruzar el papa se situaba extramuros, delante de la Porta Maggiore, más allá del puente levadizo que la defendía. Medía 30 pies de alto y aparecía coronado por los escudos de Clemente VII y de la Iglesia, a los que se añadían, algo más abajo, los del legado y el vicelegado pontificios y el de la propia Bolonia. Una inscripción latina, probablemente situada sobre su ático, daba la bienvenida al pontífice.

Este arco servía de embocadura a una larga galería de 120 pies de longitud, soportada por columnas pintadas y revestida con ricos paños de color blanco y turquesa, que alcanzaba la misma puerta muraria. Sobrepasada esta, un segundo arco, nuevamente decorado con escudos, abría la prolongada vía triunfal que había de conducir al cortejo, en recto desplazamiento, hasta el centro mismo de la ciudad. El recorrido se entoldaba con paños de color blanco y turquesa, exuberantes guirnaldas y los escudos de las autoridades pontificias y civiles boloñesas.

En las inmediaciones de la catedral de San Pietro, junto al Palazzo de la familia Scappi [del que hoy solo sobrevive su torre; en el arranque de la actual Via dell'Indipendenza], en el punto en el que la comitiva había de doblar hacia la Piazza Maggiore, se alzaban dos nuevos arcos, de anchura y altura similares: 30 por 60 codos, ambos de orden dórico y decorados en su cima con las llaves de san Pedro y el *stemma* mediceo de Clemente. El primero de estos arcos contenía sobre el friso escenas veterotestamentarias en bajorrelieve. En la fachada de levante, Samuel ungiendo por mandato de dios a David como rey de Israel; en la de poniente, la traslación del arca de la alianza. Si el primero recordaba el carácter sacro del rito de la unción real —que

habría de tener lugar durante la ceremonia de la coronación—, el segundo aludía a la necesidad de una alianza entre los poderes político y religioso para la consecución y el mantenimiento de la paz —no en vano, ese era el propósito del congreso de Bolonia—. Una inscripción latina completaba su decoración.

A poca distancia, en la confluencia de la Strada y la Piazza Maggiore se situaba el segundo de los arcos, dotado de cuatro frentes; dos habían de servir al cortejo del pontífice, que avanzaba desde el extremo este de la ciudad, y los otros dos al del emperador, que días más tarde lo haría desde el oeste. Nuevamente se recurría a escenas del Antiguo Testamento para ornar los frisos de las fachadas destinadas a Clemente: por un lado, la reedificación del Templo y, por otro, la restauración del sacerdocio; se exhortaba así al pontífice a conducir a la Iglesia a su primitivo estado de perfección —en clara referencia al concilio reclamado por el emperador y que solo años después y durante el apostolado de Paolo III, sería convocado; huelga decir que nos referimos a Trento—. Otra inscripción latina, inserta al pie de sendas representaciones, completaba la decoración del friso. No acababa aquí el aparato de este jalón. En los ángulos de sendas fachadas se erigían asimismo dos enormes estatuas alegóricas, realizadas en estuco y *marmorizadas*, que figuraban la Paz y la Abundancia —a las que habían de llevar el nuevo orden impuesto tras aquellas jornadas—.

Ya en la Piazza Maggiore, un nuevo y monumental arco triunfal, el quinto de esta entrada, se alzaba delante del Palazzo Pubblico [actual Palazzo d'Accursio], lugar escogido por las autoridades boloñesas para alojar tanto a Clemente como a Carlos y punto final del recorrido. Construido en piedra y yeso, tenía una altura de cien codos y

una anchura de sesenta y se estructuraba en dos órdenes de columnas dóricas sobrepuestas. Poseía tres frentes: uno principal y abierto hacia la Piazza Maggiore; y dos laterales, menores, abiertos respectivamente hacia la propia catedral de San Pietro y hacia la Strada di San Mamolo [actual Via d'Azeglio]. Varias figuras remataban la fachada principal: en el centro, el Padre Eterno, flanqueado, según costumbre, por san Pedro y san Pablo; y en los extremos, los santos protectores de la ciudad: de un lado, san Petronio y, del otro, san Ambrosio. Bajo la cornisa que servía de base a estas figuras, en un espacio retranqueado, se alzaban cinco estatuas exentas: en el centro, el propio Clemente VII⁶² y, a los lados, las figuras alegóricas de la Virtud (*Virtus invicta*), la Piedad (*Pietas coelestis*), la Fe (*Fides inviolata*) y la Verdad (*Veritas verax*). En el orden inferior, entre las columnas pareadas que flanqueaban el arco, en hornacinas abiertas a uno y otro lado, dos nuevas figuras alegóricas: del lado derecho, la Felicidad Secular (*Foelicitas Saeculi*); del izquierdo, la Seguridad Pública (*Securitas publica*). Otras alegorías, probablemente insertas en nichos, se localizaban en sendas fachadas laterales; en la orientada hacia la catedral, la de la Salud (*Salus Augusta*) y el Buen Consejo (*Consilium boni eventus patens*); en la orientada hacia San Mamolo, la de la Esperanza (*Spes Immobilis*) y el Buen Suceso (*Bonus eventus*). «Sobre la apertura del arco» –quizá sobre la clave, que no siempre es fácil interpretar los textos históricos que describen estos aparatos–, se emplazaba la figura de un anciano tocado con mitra pontifical y acompañado de un niño alado, ambos sobre un rótulo que rezaba *Ara pacis et concordiae*; «y en dos espacios laterales» –quizá las enjutas–, representaciones laudatorias del Imperio y la Iglesia. Ya sobre la bóveda del arco, enmarcadas en tondos, las figuras

del Padre Eterno y la Virgen con el Niño; y sobre los muros laterales interiores, varias pinturas de temática veterotestamentaria: del lado derecho, Asuero aceptando a Ester por esposa –en clara referencia a la feliz unión de sendos poderes– y, del izquierdo, Moisés conduciendo al pueblo de Israel a través del Mar Rojo –un tema, muy del gusto de la corte Medici⁶³, que pretendía incidir en el rol salvífico compartido por sendos gobernantes y líderes espirituales, llamados a conducir a su pueblo, por entre violencias y calamidades, a una nueva Edad de Oro–. Al decir de Vasari, este sería el arco trazado por Amico Aspertini y adornado con las figuras de Alfonso Lombardi.



Fig. 16: Autor desconocido, *Adventus del papa Silvestre*, Oratorio di San Silvestro, Santi Quattro Coronati, Roma, h. 1248. Fotografía del autor

**5 DE NOVIEMBRE DE 1529.
ENTRADA TRIUNFAL EN BOLONIA DE CARLOS V.
COMITIVA Y APARATO PREVENIDO**

Principiaban el cortejo imperial⁶⁴, aparte de los consabidos pífanos, atabaleros y trompeteros, varias compañías militares napolitanas y calabresas, a las que seguían cuatrocientos soldados con armadura ligera, cien infantes de picas, quinientos arcabuceros alemanes, doscientos caballos de la soldadesca borgoñona y doce grandes cañones. A seguidas de este tren artillero, doscientos lansquenets alemanes precedían la llegada del general Antonio de Leyva, que se hacía transportar en silla de manos por padecer un fuerte ataque de gota. Un escuadrón de quinientos infantes escoltaba a los portadores de las banderas, a los que hacían retaguardia otros tantos alabarderos y el resto de los infantes de picas. A continuación desfilaban tres mil lansquenets. Irrumpían entonces en la procesión los nobles caballeros, acompañados de cien lanzas y una nueva guarnición de alabarderos; cien hombres de la guardia imperial pertrechados con corazas borgoñonas y cincuenta oficiales ricamente ataviados cerraban este primer capítulo del cortejo. Arrancaba de seguidas la propia comitiva del emperador: primeramente, los estandartes imperiales, portados por nobles militares, escoltados por veinte pajes linajudos y prolongados por una compañía de armas. Proseguían los nobles españoles, los hombres de armas flamencos y trescientos borgoñones. A continuación, cincuenta hombres de corte vestidos de brocado, veintidós jovencísimos caballeros, unos montados a la jineta y otros a la brida, doscientos gentileshombres a caballo, diez trompeteros con estandartes imperiales. Seguidamente venían los

príncipes del imperio y los grandes de España, en grupos de a cuatro, a los que sucedían los arqueros de la guardia imperial y el príncipe de la salva, situado al frente de maceros, heraldos y dos tesoreros, que lanzaban a la regocijada concurrencia un crecido número de monedas [fig. 17]. Próximo ya al emperador se situaba el marqués de Astorga, su gran mariscal, ataviado con riquísimos ropajes y adornado con joyas de inestimable valor, sosteniendo entre sus manos la espada imperial; le seguían heraldos de guerra, reyes de armas y dos maceros. Y por fin, el emperador Carlos, lujosamente pertrechado, montado sobre una hacanea blanca de ricas gualdrapas y bajo un palio de brocado sostenido por cuatro caballeros de vistosas armaduras [fig. 18]. Le acompañaban el cardenal Farnesio y el de Ancona. Y al grupo lo escoltaban veinticuatro jóvenes pajes, hijos escogidos de la nobleza boloñesa. Seguían a Carlos un nuevo estandarte imperial; el conde Enrique de Nassau, camarero mayor del emperador; una compañía de cien escuderos armados; y muchos nobles de los diferentes territorios del imperio, a los que precedían Alessandro de' Medici, duque de Penna, el príncipe de Stigliano, el marqués de Monferrato, el almirante Andrea Doria y el marqués de Brandeburgo. Continuaba el cortejo el gran canciller Mercurino Gattinara y otros miembros de la Cancillería y los consejos, a caballo y en número de ciento cincuenta; hombres de armas de Borgoña; el capitán Fernando de Alarcón y su compañía de arcabuceros; el señor de Lude y su compañía de infantería flamenca; la compañías del marqués de Astorga; y las infanterías valona, luxemburguesa, borgoñona, italiana y alemana. Concluían el centro del desfile una compañía de alabarderos y los pajes del emperador a caballo. Componían la retaguardia tres mil arcabuceros, mil quinientas picas, cuatro mil infantes, doscientos

hombres de armas y mil caballos ligeros. Cerraba finalmente la comitiva una compañía de mosqueteros a caballo y numerosos carros de pólvora, balas y otras municiones⁶⁵.



Fig. 17: Moneda acuñada con motivo de la coronación, 1530

El emperador hizo su ingreso triunfal en Bolonia por la Porta di San Felice⁶⁶, entonces dotada de un revellín que protegía su puente levadizo. Un grupo de niños, situado entre los merlones de este cuerpo avanzado, dio la bienvenida con música y bailes al cortejo imperial. Los muros del revellín se cubrieron por entero de pinturas: en la parte frontal, un triunfo de Neptuno (con su cortejo de tritones, sirenas, caballos de mar y otros peces monstruosos); en la posterior, un triunfo de Baco (rodeado de sátiros, faunos, ninfas y bacantes), ambos alusivos a las victorias a las que estaba llamado el emperador y a su dominio sobre el mar y la tierra. Una inscripción latina daba la bienvenida al invencible Carlos: *Ave Caesar Imperator invicte*.

Ya sobre la puerta de acceso a la ciudad, remozada a la manera

de un arco de triunfo, se disponían cuatro medallones con los más ilustres gobernantes del Imperio romano: César, Augusto, Tito y Trajano; bajo estos, las estatuas ecuestres de los excelsos generales Lucio Furio Camilo y Escipión el Africano, empuñando sus bengalas militares; y en un tercer nivel, las figuras de los senadores Escipión Menor, Quinto Mucio Scevola, Lucio Cecilio Metelo y Marco Claudio Marcelo; personajes todos a los que Carlos debía imitar y con los que cabía parangonarse. Al pie de todas estas estatuas corría una inscripción en latín que saludaba al emperador como defensor de la Iglesia romana.

Una vez superado el portón, sobre los muros laterales de la entrada abovedada, dos nuevas referencias mitológicas: de lado derecho, la pintura del Furor, bajo la forma de un gigante encadenado asentado sobre los despojos de una batalla; figura inspirada en un elocuente pasaje de *La Eneida* de Virgilio⁶⁷:

«De esta noble generación nacerá César Julio [...] y llevará su imperio hasta el Océano y su fama hasta las estrellas. Tú, segura, le recibirás algún día en el Olimpo, cargado con los despojos del Oriente, y los hombres le invocarán con votos; entonces también, suspensas las guerras, se amansarán los ásperos siglos. [...] las terribles puertas del templo de la guerra se cerrarán con hierro y apretadas trabes; dentro el impío Furor, sentado sobre sus crueles armas, y atadas las manos detrás de la espalda con cien cadenas, bramará espantoso con sangrienta boca».

De lado izquierdo, colgaba una segunda pintura, en esta ocasión de Jano bifronte, el portero de la corte celestial, sostenido sobre una maza que apuntaba hacia el suelo —esto es, en señal de paz— y aferrando

con la mano derecha las llaves de su templo —aquel que con apretadas trabes debía aprisionar al Furor—, que a sus espaldas permanecía clausurado. Jano era, al decir de Ovidio, el árbitro de la guerra y de la paz: «Mi puerta entera se abre de par en par con el cerrojo descorrido para que las gentes tengan patente [...] su marcha a la guerra. Durante la paz echo las contrapuestas para que no pueda escapar por ningún sitio; bajo el numen de César permaneceré encerrado largo tiempo»⁶⁸. Augurio y providencia de Carlos, garante de la paz universal. En Roma, el templo de Jano permanecía abierto en tiempos de guerra y solo se cerraba con la paz. Únicamente durante los gobiernos de Numa Pompilio y César Augusto sus puertas quedaron trabadas. Eran precisamente los retratos ecuestres de estos dos gobernantes los que a continuación se mostraban. Se admiraban asimismo otras dos pinturas: una invitación alegórica a derrotar a los turcos y una representación de Apolo y las Musas, que más allá de su autoridad común sobre las ciencias y las artes, en referencia clara a la *Alma Mater Studiorum*, la universidad de Bolonia, bien pudieran aludir, apuntalando el discurso de este primer hito, a otros muchos de los servicios que, de acuerdo con Pierre Grimal, las Musas prestaban a los hombres: «ellas son las que acompañan a los reyes y les dictan palabras convincentes, las adecuadas para aplacar las riñas y restablecer la paz [...] y por si no fuera suficiente] El más antiguo de los cantos de las Musas es el que entonaron después de la victoria de los Olímpicos sobre los Titanes, para celebrar el nacimiento de un nuevo orden»⁶⁹. Por último, «en medio de la torre», se figuraban dos Victorias con sus particulares atributos; si la primera aludía a los triunfos terrestres obtenidos por el César en la Lombardía, la segunda, la marítima, vaticinaba su triunfo sobre la flota de los turcos.

Superada ya la puerta muraria y a la altura de las primeras casas se alzaba un enorme arco al que una imprevista lluvia había ajado sus pinturas. Para solventar el mal, las autoridades lo recubrieron con paños blancos y azules. Visibles permanecieron sin embargo las inscripciones latinas de sus frentes.

Desde este arco hasta los dos erigidos en la confluencia con la Piazza Maggiore, la calle se entoldaba, como ya ocurriera en el trayecto del pontífice, con paños de color blanco y turquesa, de los que pendían a su vez gallardetes con las armas del emperador, el pontífice y la ciudad. Las fachadas de las viviendas se adornaban de tapices de flores y verduras; y de las ventanas colgaban reposteros de hermosos colores recamados con las insignias de los protagonistas y «variopinta figuración».

En la intersección con la Piazza Maggiore, la comitiva venía a topar con dos elevadas columnas, rematadas —a la manera de sus conocidos referentes romanos: la trajana y la aureliana— por las figuras de los emperadores Constantino el Grande y Carlomagno, ambos armados y coronados; sendas columnas servían de antesala del gran arco dórico cuadrifronte que el cortejo papal, durante su *adventus*, había atravesado en sentido opuesto. Sobre su cima se dispusieron las personificaciones de la Victoria y la Gloria. El arco de ingreso recogía, en tres diferentes paneles situados sobre el friso, escenas alusivas a la conversión del emperador Constantino: la visión del Signo de Cristo antes de la batalla del Ponte Milvio⁷⁰; las huestes de Constantino que, guiadas por el lábaro de la cruz, ponían en fuga a los ejércitos de Majencio; y el bautismo del emperador en el octógono lateranense por el papa Silvestre. Pero si con tal equiparación se pretendía ensal-



Fig. 18: Anónimo veneciano, *Entrada triunfal del emperador en Bolonia, 1530*.

zar al emperador y hacer hincapié en las históricas relaciones entre el imperio y el papado, es probable que su propósito no fuera tan grato y manifiesto, escondiendo, tras el complaciente papel otorgado al primero en el afianzamiento y la extensión del poder del segundo, las reivindicaciones del propio Clemente. Pese a que el relator del evento lo refiera entremezclado con la escena del bautismo⁷¹, el friso recogía un nuevo y controvertido episodio, la llamada *Donación de Constantino*⁷² [fig. 19], repitiendo así los hechos representados en la sala consagrada a este emperador en las *Stanze vaticanas*⁷³ y remarcando la legitimidad del poder temporal de la Iglesia y la sumisión del emperador al pontífice.

Sea como fuere, la fachada de salida redundaba en aquellas preteritas relaciones entre ambos poderes y el papel desempeñado por los predecesores de Carlos en favor de la Iglesia romana. Así, en el friso de este frente aparecían pintados dos episodios de la reciente historia eclesiástica, ambos acaecidos durante el concilio de Constanza (1414-1418), convocado bajo los auspicios del emperador Segismundo y que supuso el fin del Cisma de Occidente: el acceso al solio pontificio de Martín V tras la deposición de tres antipapas y la condena a la hoguera de los clérigos Jan Hus y Jerónimo de Praga, tempranos precursores del reformismo luterano. Enfrente de esta fachada se disponían dos nuevas columnas *all'antica*, la del propio emperador Segismundo y la de Fernando el Católico, reconocido por su labor en defensa y extensión de la *verdadera fe*⁷⁴.

No obstante haber alcanzado la Piazza Maggiore, lugar donde concluía la marcha de la comitiva imperial, las decoraciones se prolongaban hacia el este, siguiendo el curso de la Strada Maggiore –aquella por la que había discurrido el cortejo papal–. De tramo en tramo y hasta alcanzar las celeberrimas torres de Asinelli y Garisenda se erigían trofeos arquitectónicos, pirámides, columnas, estatuas y otros ornamentos. Al flanco de las torres se alzaban dos gigantes de estuco –una tipología estatuaria, la de los gigantes o colosos, que también había de recuperar el Renacimiento–, y otros dos podían contemplarse en la embocadura de la cercana Via delle Clavature, que aparecía asimismo decorada con los antedichos aderezos. Tal era el pasmo de la concurrencia, que creía «hallarse en las capitales de la antigua Grecia o de la vetusta Roma»; una arrobada turbamulta que ocupaba calles, ventanas, balcones e incluso los tejados de las viviendas del recorrido.



Fig. 19: Autor desconocido, *Donación de Constantino*, Oratorio di San Silvestro, Santi Quattro Coronati, Roma, h. 1248. Fotografía del autor

Ya en la Piazza Maggiore, Carlos se dirigió hacia la basílica de San Petronio, donde, sobre un elevado palco de madera dispuesto en la amplia meseta de la escalinata y revestido con paños blancos y turquesas, riquísimas tapicerías y frondas de hiedra, mirto y laurel, aguardaba Clemente, sentado en su sitial y bajo un dosel de terciopelo carmesí. El emperador subió la rampa acordonada y se humilló reverencialmente ante el papa, que se dejó besar manos y pies. Conmovido por este gesto reverente, el pontífice alzó al César y ambos se abrazaron y besaron las mejillas. Tras la pertinente oblación y una breve charla a propósito del feliz encuentro, Carlos, a invitación de Clemente, accedió a San Petronio, donde ya en la sola compañía de cuatro cardenales hizo las oportunas preces.

Cuando salió de la basílica era ya de noche. El César entró en el Palazzo Pubblico, donde tenía prevenido un apartamento anexo al del pontífice —que habría de facilitar el contacto entre ambos dirigentes—, a través de aquel mismo arco de tres frentes que ya previamente había cruzado el Medici. Casi de inmediato comenzaron en la plaza los fuegos artificiales y la música. Y desde entonces y hasta el amanecer, las campanas tocaron a fiesta⁷⁵.



· NOTAS ·

¹ El título de rey cristianísimo era empleado desde antiguo por los monarcas franceses.

² Los reyes de España poseían esta dignidad desde 1496 (bula *Si convenit* de Alejandro VI).

³ Para el cuadro político de aquella década, véase: J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez y H. Pizarro Llorente, «Las repercusiones diplomáticas de la elección imperial», en J. Martínez Millán (coord.), *La corte de Carlos V*, Vol. I, T. I, Madrid, 2000, pp. 261-282.

⁴ P. Vaissière, *Journal de Jean Barrillon, secrétaire du chancelier Duprat, 1515-1521*, París, 1899, pp. 176-177.

⁵ V. de Cadenas y Vicent, *El Concilio de Trento en la época del emperador Carlos V*, Madrid, 1990, pp. 67-68.

⁶ Citado en A. Hermenegildo, «Política, sociedad y teatro religioso del siglo XVI», *Criticón*, 94-95 (2005), p. 34 [actualizada la ortografía].

⁷ V. de Cadenas y Vicent, *El Saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V*, Madrid, 1974, pp. 173-175.

⁸ A. Rodríguez Villa, *Memorias del Saco de Roma*, Jaén, 2011, p. 45.

⁹ A. Chastel, *El Saco de Roma, 1527*, Madrid, 1986, pp. 38-39.

¹⁰ *Ibidem*, p. 43.

¹¹ Quien en la más completa estupefacción miraba todo aquello «como si se tratara de una fiesta»: citado en *Ibid.* Mayor si cabe era el desconcierto del Parmigianino, del que Vasari contaba, retomando un *topos* clásico de la literatura artística, que abstraído en su obra, había continuado trabajando mientras las tropas, en su redor, se entregaban al saqueo; huelga decir que sería su arte el que habría de salvarlo: «Poco faltó para que Francesco no la perdiera también [la vida, como tantos otros artistas durante el saqueo]; pues al principio del Saco estaba tan metido en faena que, cuando los soldados entraron en las casas, y en la suya ya estaban algunos alemanes, él permaneció trabajando pese al ruido que aquellos hicieran; cuando estos lo alcanzaron y lo vieron trabajando, quedaron tan sorprendidos de aquella obra que, como gentileshombres que debían ser, lo dejaron seguir. Y así, mientras la muy impía crueldad de aquellas gentes bárbaras arruinaba las cosas tanto sagradas como profa-

nas de aquella pobre ciudad, sin respeto ni por Dios ni por los hombres, él recibía el cuidado y la estima de aquellos alemanes, que lo defendían de toda injuria»: G. Vasari, *Le vite dei più eccellenti pittori, scultori e architetti* (ed. integral en italiano), Roma, 2007, p. 781 [la traducción es nuestra]. No menos elocuente resulta el estado de choque en que permanecía el pintor Sebastiano del Piombo, que cuatro años después de los sucesos escribía emocionado a Miguel Ángel: «Todavía no me parece ser aquel mismo Bastiano que era antes del Saco; no puedo volver en mí...»: carta recogida en P. Baker Bates, *Sebastiano del Piombo and the World of Spanish Rome*, Nueva York, 2017, p. 6 [la traducción es nuestra].

¹² B. Cellini, *Vida de Benvenuto Cellini*, México, 1995, pp. 100-101.

¹³ La escena representada por Merian parece ilustrar uno de tantos episodios trágicos recogidos por Chastel: «Uno de ellos, que se distinguía por la majestad de su porte y de su talla, revestido con el traje papal, se colocó la tiara en la cabeza, se vistió de trajes preciosísimos y se hizo llevar con toda la pompa en un magnífico caballo. Otros muchos tenían también ropas de obispos, mitras y mantos de púrpura...»: A. Chastel, *Op. cit.* (nota 9), p. 120. Cfr. asimismo S. Muñoz Machado, *Sepúlveda, cronista del emperador*, Barcelona, 2012, p. 153.

¹⁴ Este texto y el subsiguiente, en A. Chastel, *Op. cit.* (nota 9), pp. 47 y 101-102.

¹⁵ V. de Cadenas y Vicent, *El fin de la república florentina. Segunda reposición de los Médicis en Florencia por los ejércitos españoles*, Madrid, 1976, p. 102.

¹⁶ Texto extraído del *Diálogo de Lactancio y un arcediano*, opúsculo surgido en el entorno imperial y debido a la pluma del secretario Alfonso de Valdés, que pretendía justificar, desde una óptica providencialista, los sucesos del Saco. Recogido en A. Rodríguez Villa, *Op. cit.* (nota 8), pp. 302-303.

¹⁷ *Ibidem*, p. 303. Cfr. asimismo A. Alcalá Gálvez, «Erasmus, Alfonso de Valdés y el Saco de Roma a cuenta de Dios», en AA. VV., *Erasmus en España. La recepción del humanismo en el primer renacimiento español*, Madrid, 2002, pp. 80-95.

¹⁸ Cfr. A. Chastel, *Op. cit.* (nota 9), pp. 78-100. Acusaciones que no solo procederían del mundo luterano o del bando imperial, como a priori pudiera pensarse; véanse si no –y es solo un ejemplo– las premonitorias palabras que un conocido eremita y predicador callejero, Brandano de Siena, espetaba a Clemente durante la bendición apostólica del último Jueves Santo antes del Saco (18 de abril de 1527): «estando el papa echando la bendición en una baranda donde se suele poner [la Logia de San

Pedro], ante diez mil personas, un loco, desnudo en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas, se subió sobre un San Pablo de piedra que está en las gradas de la iglesia y alzó los ojos al papa y díjole: “Sodomita bastardo, por tus pecados será Roma destruida; confiéstate y conviértete, y si no me quisieres creer, de hoy en quince días lo verás”: A. Rodríguez Villa, *Op. cit.* (nota 8), pp. 107-108. El domingo de Pascua, Brandano continuó con su implacable prédica, esta vez desde el púlpito que le ofrecía la concurrida plaza de Campo dei Fiori: señalando al castillo de Sant’Angelo, «clamó en alta voz, como otro segundo Jonás: “¡Roma, haz penitencia, pues se hará contigo como con Sodoma y Gomorra!”»: L. von Pastor, *Historia de los papas*, Vol. IX, Barcelona, 1910, pp. 307-308 [la cita, en esta última].

¹⁹ En noviembre de 1526, *Il Gran Diavolo*, como se conocía a este sobrino del pontífice, moría en Mantua tras ser herido en un enfrentamiento con los lansquenetes.

²⁰ Cfr. V. de Cadenas y Vicent, *El Protectorado de Carlos V en Génova. La condotta de Andrea Doria*, Madrid, 1977, pp. 43-76.

²¹ Citado en A. Chastel, *Op. cit.* (nota 9), p. 193.

²² Véase el cuadro de la ciudad bosquejado a comienzos de 1529 por Giovan Maria della Porta, embajador en Roma del duque de Urbino: «Todos los días sen ven muertos por las calles; en la ciudad no se escucha más voz que la de los pobres gritando: *ayudadme, me muero de hambre*». Recogida en L. von Pastor, *Op. cit.* (nota 18), Vol. X, Barcelona, 1911, p. 3 [la traducción es nuestra].

²³ V. de Cadenas y Vicent, *Doble coronación de Carlos V en Bolonia, 22-24/III/1530*, Madrid, 1985, pp. 13-36.

²⁴ A. de Santa Cruz, *Crónica del emperador Carlos V*, T. II, Madrid, 1920, pp. 454-458.

²⁵ V. de Cadenas y Vicent, *Op. cit.* (nota 23), pp. 47-90.

²⁶ «La galera estaba toda pintada y parte dorada, con todos los remos pintados, con todas las velas de damasco amarillo, gris y morado en las divisas de Su Majestad Cesárea, con todas las jarcias de seda; y el castillo de popa, donde se alojaba Su Majestad, estaba todo cubierto de brocado de oro, rizo sobre rizo, por dentro y por fuera...»: G. Romano, *Cronaca del soggiorno di Carlo V in Italia e della sua incoronazione in Bologna (dal 26 luglio 1529 al 25 aprile 1530)*, Milán, 1892, p. 80 [la traducción es nuestra].

²⁷ G. de Boom, «Voyage et Couronnement de Charles-Quint à Bologne», *Bulletin de la Commission royale d'histoire*, 101 (1936), p. 62 [la traducción es nuestra]. Así describía la llegada del César uno de tantos cronistas: «Los señores genoveses hicieron construir un soberbio puente de madera sobre el [barrio portuario del] Molo que penetraba más de doscientos pasos en el mar, fortísimo. Dicho puente, por encima, estaba todo cubierto de brocados y telas de oro con las divisas de Su Majestad; y por los lados, y hasta llegar a tierra, estaba todo adornado de terciopelos y damascos; y el piso estaba todo vestido de finísimas alfombras damasquinas, con hermosas guirnaldas y magníficos arcos de triunfo, con todas las armas de Su Majestad y las de Génova [...] y de repente apareció un grandísimo globo fingido con la forma del mundo, con todos los mares y tierras [y] con un águila grande en su cima, significando Su Majestad como rey del mundo; dicho globo estaba [hecho] tan magistralmente que era cosa admirable de ver; de súbito, se abrió por medio y lanzó tanta agua perfumada que bañó a Su Majestad y a todos los presentes [...] y de su interior salió un joven que fingía ser la Justicia, el cual dijo algunas hermosísimas palabras en honor de Su Majestad...»: G. Romano, *Op. cit.* (nota 26), p. 82 [la traducción es nuestra].

²⁸ Fray Prudencio de Sandoval aseguraba, tiempo después, que el César había cortado sus cabellos poco antes de partir de Barcelona: *Historia de la Vida y Hechos del emperador Carlos V*, Vol. II, Amberes, 1687, p. 50. Sin embargo, el enviado a Génova del cardenal de Mantua –esto es, un presunto testigo ocular– afirmaba que lo había hecho al poco de llegar a Italia: D. H. Bodart, «Algunos casos de anacronismo en los retratos de Carlos V», *Boletín del Museo del Prado*, 18 (2000), pp. 9 y 12 y nota 17.

²⁹ Como así lo señalaran el cardenal Pietro Accolti y Paolo Giovio: *Ibidem*, pp. 9-10 y nota 13.

³⁰ «El influyente consejero Mercurino Gattinara no debió de ser ajeno a esta mutación, ya que era la manifestación externa del cambio de ideal político que, con su contribución, se había instaurado durante la década de 1520»: *Ibid.*, pp. 9-10.

³¹ En 35 galeras; a estas se unían 63 naves menores que hacían traslado del abundantísimo equipaje: V. de Cadenas y Vicent, *Op. cit.* (nota 23), pp. 39-40.

³² *La monarquía universal*, el sueño del gran canciller imperial Mercurino Gattinara:

«Carlos convertido en monarca universal y *grandissimo* emperador, en triunfo sobre la cristiandad a la que, bajo su cetro, había encaminado a una nueva Edad de Oro, enmarcada en la paz universal y la concordia entre los cristianos»; a partir de entonces, el papa sería el líder espiritual de la cristiandad; el emperador, su cabeza política y su brazo militar: J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez y H. Pizarro Llorente, *Op. cit.* (nota 3), p. 276.

³³ G. de Boom, *Op. cit.* (nota 27), pp. 63-64.

³⁴ G. Giordani, *Della venuta e dimora in Bologna del sommo pontefice Clemente VII per la coronazione di Carlo V imperatore*, Bolonia, 1842, documento IV.

³⁵ *Ibidem*, documento VI.

³⁶ Un cuadro que nos permite entrever la realidad casi siempre oculta tras estos largos desplazamientos de una corte itinerante, como lo fue la de Carlos, cáusticamente descrita, apenas un año después, por Enrique Cornelio Agripa, cronista oficial del emperador y de este particular evento—figura y crónica a las que más tarde habremos de volver—. Escribe en 1531 desde Bruselas (en el contexto de un juicio por deudas): «¿Es justo que mientras se solventa este litigio esté obligado a seguir en pos del aula regia en situación tan lamentable que si no me acogiera el cardenal legado perecería de hambre? Acaso diréis que este mal es común a muchos otros y no solo soy yo quien vive en casa ajena comiendo de mogollón, sino que casi todos los asalariados, servidores, porteros y hasta los camareros les sucede lo mismo, que famélicos están rodeando mesas ajenas y, por turno y alternando por palacios y legaciones extranjeras, como parásitos van mendigando la cena a trueque de un rato de charla [...] acallan[do] con su presencia odiosa el bullicio de las conversaciones livianas del final del festín. Esto es una ignominia más que mediana para el César»: extracto de una carta escrita en Bruselas y recogida en A. Bernárdez, *Enrique Cornelio Agripa, filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V. Historia de la doble coronación del emperador en Bolonia*, Madrid, 1934, p. 110.

³⁷ G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), documento X.

³⁸ Aunque el tiempo pueda parecer poco, se ha de pensar que a la concreción del aparato de las grandes celebraciones de la Edad Moderna contribuía un variadísimo elenco de artistas y artesanos: ingenieros hidráulicos y militares, arquitectos, pintores, escultores, estucadores, doradores, ensambladores, plateros, orfebres, bor-

adores, costureros y un sinfín de artífices y operarios menores, que aseguraba que, por poco que fuera el tiempo, todo quedase listo para la ocasión. Véase si no lo que refería el pintor, arquitecto, escenógrafo y tratadista Giorgio Vasari a propósito del aparato dispuesto con motivo del matrimonio entre Alessandro de' Medici, *nipote* de Clemente VII, y Margarita de Parma, hija del emperador, habido en 1536 en Florencia: «Il Tribolo, el pintor Andrea de Cosimo y yo, en diez días y con la ayuda de noventa escultores y pintores de la ciudad, entre aprendices y maestros, dimos cumplimiento [...] al aparato de la boda, pintando galerías, patios y otros espacios de recepción, según convenía a tan grande evento»: G. Vasari, *Op. cit.* (nota 11), p. 939 [la traducción es nuestra]. Fue Vasari, presente en la coronación de Bolonia, cabeza de la más prolífica estirpe de escenógrafos de corte, casta singular de artífices totales, la de los arquitectos-ingenieros vitrubianos—«el *homo universalis*», que dijera de esta suerte de factótum el historiador del arte Hans Tintelnot, «el artista versado en todos los conocimientos literarios y técnicos»—, que durante casi dos siglos dio boato y esplendor a las grandes cortes europeas. La cita de Tintelnot aparece recogida en S. Neumeister, «Escenografía cortesana y orden estético-político del mundo», en A. Egido (coord.), *La escenografía del teatro barroco*, Salamanca, 1989, p. 145.

³⁹ La participación de estos dos artistas la recoge Vasari en sus *Vite*: «Este [Lombardi], encontrándose en Bolonia para la coronación, hizo los ornamentos de la puerta de San Petronio»; «Cuando el emperador Carlos V anduvo a Bolonia, Amico [Aspertini] hizo en la puerta del palacio un arco triunfal, para el que Alfonso Lombardi realizó las estatuas de relieve»: G. Vasari, *Op. cit.* (nota 11), pp. 725 y 764 [la traducción es nuestra].

⁴⁰ Y así lo contaba Vasari en su propia biografía: «me conduje por las montañas de Módena hasta Bolonia, donde hallando que para la coronación de Carlos V se hacían algunos arcos triunfales de pintura, pude trabajar, tan joven como era, en mi propio beneficio y honor»: G. Vasari, *Op. cit.* (nota 11), p. 1358 [la traducción es nuestra]. Al margen de guardar registro artístico de la coronación en los techos de la sala de Clemente VII del Palazzo Vecchio de Florencia (1556-1562) [fig. 14], Vasari fue el responsable de algunos de los grandes hitos celebrativos de la centuria, ya fuera previniendo el imponente aparato con que la corte Medici recibió al emperador en 1536 o aquel con el que se celebraron los esponsales de Francesco de' Medici

y Juana de Austria en 1565. Cfr. R. Strong, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento, 1450-1650*, Madrid, 1988, pp. 129-152.

⁴¹ O Pedro de Campaña, como se le conocería en España. A su participación en los festejos de Bolonia se refiere el pintor y tratadista sevillano Francisco Pacheco [reproducimos el contexto de la cita por su alcance y discernimiento]: «como en arcos triunfales, fiestas, túmulos o cosas de este género, que suelen de improviso ordenar las repúblicas, en recibimientos y muertes de grandes príncipes y monarcas; con cuya solicitud, presteza y aplauso del pueblo, se suele adquirir fama de valientes pintores y ganar honrados premios. Las cuales obras no duran mucho tiempo: como el túmulo de nuestro católico rey Felipe II que hizo esta ciudad de Sevilla el año de 1598, con tanta demostración y aparato, en cincuenta días. Aquí vale la destreza y facilidad dicha, como también le valió a maese Pedro de Campaña, caminando a Roma, en Bolonia, a la coronación del emperador Carlos V el año de 1530, que siendo mancebo de veintisiete años y extranjero, descubrió la facilidad y bizarría de su ingenio en un arco triunfal que le cupo en suerte, siendo admirado y envidiado de los italianos»: F. Pacheco, *El Arte de la Pintura* (ed. B. Bassegoda), Madrid, 1990, p. 273. Reconocía perspicazmente el tratadista sevillano varios de los méritos de estas efímeras expresiones artísticas (en tanto que obradas, las más de las veces, con materiales fungibles y fácilmente maleables: estructuras de madera, cañas, estopas, telas, pastas encoladas, cartones, papeles, escayolas y otros similares): su singularidad y excepcionales condiciones —exoneradas de muchas de las limitaciones económicas, físicas y formales impuestas a la obra permanente—, se vería traducir en estímulo para la audacia y la experimentación artística, convertida la fiesta en el más eficaz escaparate para la exhibición de la maestría y la facundia inventiva de sus creadores, para la promoción laboral, al tiempo que sumario tribunal para la consideración, aprobación o despiadada condena populares. En cualquier caso, la libertad aquí otorgada al artista sería aparente o se vería grandemente restringida; se limitaría a la forma escogida y, en el mejor de los casos, a la elección de unos temas adecuados a las nociones y valores que habrían de transmitirse. Su trabajo se vería rigurosamente sometido, por regla general, a un programa ideológico e iconográfico extrínseco, delineado por los comitentes y las instituciones promotoras.

⁴² Así lo cuenta Vasari: «Cuando el emperador Carlos V fue a Bolonia para que lo

coronase Clemente VII, acudiendo [Francesco] algunas veces a verlo comer, hizo, sin retratarlo, la imagen del César al óleo en un cuadro grandísimo, y en este pintó la Fama que lo coronaba de laurel, y un niño en forma de Hércules que le ofrecía el mundo, dándole así su dominio. Terminada que estuvo la obra, la hizo ver al papa Clemente, al que tanto agradó, que envió a Francesco con la pintura [...] al emperador. Siendo muy estimada por Su Majestad, hizo entender que se le entregara, pero Francesco, mal aconsejado por un amigo poco fiel o poco versado, dijo que no estaba acabada y no la quiso entregar; de este modo, Su Majestad no la tuvo y él no fue, como sin duda lo hubiera sido, recompensado»: G. Vasari, *Op. cit.* (nota 11), pp. 782-783 [la traducción es nuestra]. Aunque cuesta entender la reticencia del Parmigianino a entregar este retrato —que sí complació a Carlos—, bien es cierto que no se avendría ni al gusto español, poco afecto a las sutilezas alegóricas, ni a la explícita imagen de poder finalmente codificada por Tiziano. Conocemos el retrato de Parmigianino a través de una copia de taller [fig. 13]. Respecto a las discrepancias en torno a la definición de la imagen italianizante del emperador, véase F. Checa, «La definición de la imagen imperial: Carlos V y Tiziano en Bolonia (1530-1532)», en J. L. Colomer y A. Serra Desfilis (dirs.), *España y Bolonia. Siete siglos de relaciones artísticas y culturales*, Madrid, 2006, pp. 89-102.

⁴³ Como así lo sugiere Vasari: «en aquel lugar [Lucca] se entretuvo hasta que Carlos V emperador vino a recibir la corona a Bolonia; después, tras ser visto por el pontífice, marchó a Roma»: G. Vasari, *Op. cit.* (nota 11), p. 968. Visitara o no Bolonia por aquellas fechas, Bandinelli contactó con el emperador al poco de su llegada a Italia. Fue en Génova donde Bandinelli entregó a Carlos «una historia de pequeñas figuras de bajo y medio relieve de una Deposición de la cruz, que era obra singular; y con gran diligencia la hizo vaciar en bronce; y así terminada la regaló a Carlos V en Génova, que la tuvo en gran estima; y de esto vino que Su Majestad diera a Baccio una encomienda de Santiago y lo hiciera caballero»: p. 969 [sendas traducciones son nuestras]. En años posteriores, Bandinelli dejó constancia del acontecimiento en dos obras ejecutadas para exaltación de la familia Medici: el grupo escultórico instalado en el Salone dei Cinquecento del Palazzo Vecchio y que representa a Clemente en el acto de imponer la corona a Carlos (solo completado en 1592 con la inclusión de la figura de Carlos, obra de Giovanni Battista Caccini) y el relieve central del ático del

monumento funerario del propio Giulio de' Medici, erigido en la iglesia romana de Santa Maria sopra Minerva y concluido en 1540. Para un examen de las numerosas representaciones artísticas a que dio lugar la coronación, véase M. Serrano Marques, «Las otras coronaciones. Representaciones de la Jornada de Bolonia en los palacios italianos», en G. M. Borrás Gualis y J. Criado Mainar (dirs.), *La imagen triunfal del emperador. La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del ayuntamiento de Tarazona*, Madrid, 2000, pp. 113-141.

⁴⁴ Así lo contaba Vasari: «Y después, venido Carlos V a Bolonia para coronarse, hizo su retrato en una lámina de acero; e impreso en una medalla de oro la llevó de inmediato al emperador, que le entregó cien doblas de oro y le inquirió para saber si quería marchar a España. Giovanni recusó la invitación diciendo que no podía separarse del servicio de Clemente y del cardenal Ippolito, para quienes tenía algunas obras comenzadas»: G. Vasari, *Op. cit.* (nota 11), p. 831 [la traducción es nuestra].

⁴⁵ Presencia aún hoy discutida; véanse a este respecto: Ch. Hope, «Appendix: Titian's Early Meetings with Charles V», *The Art Bulletin*, 59, 4 (1977), pp. 551-552, F. Checa, *Op. cit.* (nota 42) y G. Sassu, «La seconda volta. Arte e artisti attorno a Carlo V e Clemente VII a Bologna nel 1532-33», *e-Spania*, 13 (2012), s/p [recurso online]. DOI: 10.4000/e-spania.21366. No hemos podido acceder, más que en un momento ya tardío, al extenso, sugestivo y bien documentado estudio de este último autor titulado *Il ferro e l'oro. Carlo V a Bologna*, Bolonia, 2007, que supera con mucho el marco, los objetivos y las consecuciones de esta aproximación. En este orden, considerese el libro de Sassu un hito fundamental en el estudio de la coronación carolina. Y discúlpenos el lector por no incorporar sus aportaciones ni discutir sus lecturas.

⁴⁶ No es de extrañar que entonces cobrasen actualidad las viejas tesis joaquinitas, que auguraban la llegada de una nueva etapa para el mundo cristiano, la tercera y última, la de la paz y el amor, la del conocimiento de dios; una etapa «que comenzaría por la reforma y la espiritualización de las instituciones de la Cristiandad. [...] Se identificaba la llegada de esta Tercera Edad a la llegada de un Monarca Universal que efectuaría la Reforma abriendo la era del Espíritu [...] latía con fuerza la imagen escatológica y milenarista de un monarca que restauraría el orden, que pondría fin al escándalo de la corrupción de la Iglesia, expectativas a las que ni siquiera fue ajeno el

propio Lutero»: J. Martínez Millán, M. Rivero Rodríguez y H. Pizarro Llorente, *Op. cit.* (nota 3), pp. 279-280. Cfr. asimismo A. Chastel, *Op. cit.* (nota 9), pp. 75-77.

⁴⁷ R. Strong, *Op. cit.* (nota 40), p. 86.

⁴⁸ Citado en F. Checa, *Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento*, Madrid, 1999, p. 147.

⁴⁹ V. de Cadenas y Vicent, *Op. cit.* (nota 23), pp. 109-113.

⁵⁰ Trocando así Roma por Bolonia, un cambio que suponía una alteración evidente del ceremonial. Pese a la solución *jurídica* adoptada para soslayarlo (*ubi Papa ibi Roma*, 'allí donde está el papa está Roma'), hubo entre las filas carolinas quienes no recibieron con agrado esta mutación, caso del gran canciller y principal artífice del proyecto imperial Mercurino Gattinara, para quien la coronación había de celebrarse en Roma, y no solo por razón de que «ni luteranos ni cualesquiera otros pudieran *cavilar* [de acuerdo con un *Vocabolario* bilingüe de 1706: *trovar ragione sofistiche e fallaci*, 'encontrar razones sofisticas y falaces'] con decir que la coronación no ha sido realizada en el lugar diputado», sino también por mostrar en apogeo la potencia de su señor, dispuesto a otorgar, a la manera de un nuevo Carlomagno, «una nueva forma y un nuevo orden a la cristiandad»: para la primera motivación, véase G. Romano, *Op. cit.* (nota 26), p. 145, nota 1 [la traducción es nuestra]; para la segunda, J. Martínez Millán y M. Rivero Rodríguez, «Conceptos y cambios de percepción del imperio de Carlos V», en J. Martínez Millán (coord.), *La corte de Carlos V*, Vol. I, T. II, Madrid, 2000, p. 35. Para evitar las temidas razones en contrario conjeturadas por Gattinara, se hizo conveniente *reproducir* los principales escenarios de la coronación: las capillas y los altares ceremoniales de las dos primeras basílicas de Roma, San Pietro in Vaticano y San Giovanni in Laterano: Cfr. T. Bernardi, «Analisi di una coronazione pubblica. L'incoronazione di Carlo V a Bologna», *Quaderni Storici*, 61 (1986), pp. 171-199 y K. Eisenbichler, «Charles V in Bologna: the self-fashioning of a man and a city», *Renaissance Studies*, 13, 4 (1999), pp. 430-439. Una *romani-zación* que correría pareja a la que ya entonces había experimentado la ciudad con motivo de las entradas del pontífice y el emperador. Si los exteriores urbanos habían realzado el carácter político y heroico del César Carlos, los interiores eclesiásticos habrían de conferirle un aura sacra: F. Checa, *Op. cit.* (nota 48), p. 164.

⁵¹ También en el lujo y la bizarría de sus participantes y en la riqueza de sus atavíos.

Sin embargo, y por no extender *ad infinitum* las descripciones, obviaremos por lo general este particular. En todo caso, el hecho de que las relaciones de estos eventos se apresten a listar, con cargante prolijidad e ilustrativa prioridad, el esquema íntegro de las comitivas procesionales o la distribución de los concurrentes en el espacio celebrativo nos pone sobre la pista de una cuestión harto fundamental en el tiempo: la de las precedencias, que promovió no pocas tensiones y disputas entre aquellos hombres de tan elevada alcurnia –también en Bolonia, en la misma basílica de San Petronio y durante la coronación, enfrentando violentamente a los embajadores de Ferrara, Génova y Siena–. Ámbitos de neta jerarquización social, los espacios de la fiesta, convertida en envanecida pasarela de autoridades civiles y eclesiásticas, permitían conocer con radiográfica precisión la situación política de una corte: todo giraba en torno a un único y omnímodo sol, el soberano; era la proximidad a su persona la que marcaba e informaba del privilegio o la grandeza. Y es en este sentido que se ha de entender el apuntado incidente, así relatado por uno de los asistentes a la coronación: «Y sucedió que se enzarzaron los oradores de Ferrara, Génova y Siena porque uno de ellos quería preceder; y tanto fueron de palabra que los de Génova y los de Siena pasaron a los hechos. Uno de los de Génova agarró por los pelos al arzobispo de Siena [...] y tiraba de él hacia atrás; otro de los de Siena prendió por la barba al de Génova, que tenía al arzobispo cogido por los cabellos. De tal modo que algunos de los reverendísimos [presentes] se vieron forzados [...] a poner paz»: M. Sanuto, *I diarii di Marino Sanuto*, Vol. LII, Venecia, 1898, col. 643 [la traducción es nuestra].

⁵² Para el conocimiento de este extraordinario personaje, hombre de inconmensurable saber, sorprendente modernidad y envidiable gallardía, amén de brevísimo cronista del emperador –a la muerte en 1530 de su valedora Margarita de Austria cayó en desgracia del emperador–, sigue siendo imprescindible, al menos en nuestra lengua, el delicioso estudio que le dedicara Antonio Bernárdez, traductor asimismo del latín de la *Historia de la doble coronación...: Op. cit.* (nota 36).

⁵³ Cargo que le fue otorgado por Margarita en 1529: *Ibidem*, pp. 82-87.

⁵⁴ Margarita comisionó a su vez al amberino Robert Péril una primera versión grabada de la gran cabalgata boloñesa; no obstante, su éxito editorial fue menor: dos tiradas en el siglo XVI frente a las seis de la serie que a nosotros interesa, la de Hogenberg: J. Criado Mainar, «Robert Péril. *La gran cabalgata de Bolonia*», en G. M.

Borrás Gualis y J. Criado Mainar (dirs.), *Op. cit.* (nota 43), pp. 257-274.

⁵⁵ También aquella crónica epistolar, que durante siglos permaneció en el silencio de los archivos, ha llegado hasta nuestros días: se trata de la «narración de las diversas entradas que Carlos V, emperador de romanos, siempre agosto [...] hizo en algunas ciudades de Italia durante su viaje a Bolonia...», colorida misiva redactada en francés y firmada por un servidor de *madame Marguerite* apellidado Lannoy. Transcrita por G. de Boom, *Op. cit.* (nota 27), pp. 59-106 [la traducción del encabezado es nuestra]. Fue el propio De Boom quien llamó la atención sobre la relación entre la *historia* de Agripa y la *narración* de Lannoy: p. 58.

⁵⁶ A. Bernárdez, *Op. cit.* (nota 36), pp. 237-238.

⁵⁷ G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), documento XLVII.

⁵⁸ Y que en este episodio también habría de guiar a Jerónimo Sempere, autor del largo poema laudatorio de sentir épico titulado *La Carolea*.

⁵⁹ J. Criado Mainar, «Nikolas Hogenberg. *La gran cabalgata de Bolonia*», en G. M. Borrás Gualis y J. Criado Mainar (dirs.), *Op. cit.* (nota 43), pp. 275-315.

⁶⁰ G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), pp. 9-11 y M. Sanuto, *Op. cit.* (nota 51), cols. 142-145.

⁶¹ G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), pp. 7-9. Véanse también G. M. Borrás Gualis y J. Criado Mainar, «Entre Italia y España: los ecos artísticos de la coronación imperial en Bolonia», en G. M. Borrás Gualis y J. Criado Mainar (dirs.), *Op. cit.* (nota 43), pp. 23-24 y G. Conti, «L'incoronazione di Carlo V a Bologna», en M. Fagiolo (ed.), *La città effimera e l'universo artificiale del giardino. La Firenze dei Medici e l'Italia del '500*, Roma, 1980, pp. 39-41.

⁶² Una figura, la de Clemente VII, que sería objeto durante el congreso de la furia iconoclasta de los lansquenets luteranos; la noche del 12 de diciembre, «ciertos soldados de la secta luterana que hacían la guardia de la artillería imperial [instalada en la Piazza Maggiore], movidos por un bestial frenesí, tiraron por tierra la estatua de Clemente VII, obrada en estuco y de tamaño mayor que el natural que estaba sobre la puerta del Palazzo [Pubblico]. Estos la decapitaron salvajemente, y, tras arrastrarla ignominiosamente por la plaza con una cuerda, la lanzaron al fuego»: G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), pp. 50-51 [la traducción es nuestra].

⁶³ Cfr. J. Cox-Rearick, «Bronzino's *Crossing of the Red Sea* and *Moses Appointing*

Joshua: Prolegomena to the Chapel of Eleonora di Toledo», *The Art Bulletin*, 69, 1 (1987), pp. 45-66.

⁶⁴ G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), pp. 26-31; M. Sanuto, *Op. cit.* (nota 51), cols. 180-200 y 259-280; G. de Boom (nota 27), pp. 73-79.

⁶⁵ Con todo, no acababa aquí el discurrir de los recién llegados, a quienes seguían la impedimenta: G. de Boom, *Op. cit.* (nota 27), p. 79; «y por no dejar nada, las putas, mas pocas y feas», como con malicia apuntaba monseñor Brevio: M. Sanuto, *Op. cit.* (nota 51), col. 190 [la traducción es nuestra]; sobre la presencia en Bolonia de estas cortesanas y soldaderas véase también: *Ibidem*, col. 307.

⁶⁶ G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), pp. 12-16 y 32. Véanse también G. M. Borrás Gualis y J. Criado Mainar, *Op. cit.* (nota 61), pp. 24-26 y G. Conti, *Op. cit.* (nota 61), pp. 41-43.

⁶⁷ P. Virgilio, *La Eneida* (traducción de E. Ochoa), Madrid, 1985, p. 31. Por lo demás, sería esta una temprana prefiguración del celeberrimo grupo bronceo de los Leoni *Carlos V y el Furor*.

⁶⁸ P. Ovidio, *Fastos* (traducción de B. Segura Ramos), Madrid, 2001, p. 33.

⁶⁹ P. Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Madrid, 2010, pp. 367-368.

⁷⁰ «Constantino genuflexo ante el misterioso jeroglífico que generalmente es empleado para referir el nombre de Cristo, tal y como se le apareció maravillosamente en el cielo»: G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), p. 15 [la traducción es nuestra].

⁷¹ «Constantino que recibe el agua bautismal de san Silvestre pontífice, al cual, como signo de gratitud, *presenta coronas, cetros e insignias reales*»: *Ibidem* [la traducción y el subrayado son nuestros].

⁷² Documento aparecido en tiempos de Esteban II (siglo VIII), que recogía un edicto apócrifo del emperador Constantino en el que se formulaban importantes concesiones para la Iglesia y se justificaba el poder temporal de los pontífices. Cfr. E. Tormo, «La *Donatio* de Constantino», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 113, I (1943), pp. 56-121. De la falsedad de este documento ya habían dado cuenta en el siglo XV el obispo de Chichester Reginald Pecock, el cardenal alemán Nicolás de Cusa y el humanista italiano Lorenzo Valla. Fue este, sin duda, quien más allá llevó su investigación, tomando «la forma de impetuoso ataque contra el poder temporal de los papas, universalmente considerado: “Si la Donación de Constantino es una

falsificación del tiempo posterior –concluye Valla– cae por su base todo el poder temporal de los pontífices, y el papa no tiene otra más urgente obligación, que la de desposeerse de ese poder usurpado”; y está tanto más obligado a ello, cuanto que, según el parecer de Valla, la corrupción de la Iglesia, y todas las guerras y desdichas de Italia, son consecuencia de aquella pretendida usurpación»: L. von Pastor, *Op. cit.* (nota 18), Vol. I, Barcelona, 1910, p. 129.

⁷³ A propósito de la significación y plena actualidad política de las escenas representadas en la Sala de Constantino, véase: A. Chastel, *Op. cit.* (nota 9), pp. 60-77.

⁷⁴ Sirvan, a modo de lectura global del programa iconográfico desplegado con ocasión del ingreso de Carlos, las bien ponderadas palabras del profesor Criado Mainar: «Esta vez el programa iconográfico [...] giró en torno a la dignidad imperial, sus raíces romanas y el pacto entre la Iglesia y el Sacro Imperio, garantía para la consecución de una nueva *Pax Augusta* y para el triunfo de la Religión»: J. Criado Mainar, «La coronación imperial de Carlos V: el friso del ayuntamiento de Tarazona», en J. L. Colomer y A. Serra Desfilis (dirs.), *Op. cit.* (nota 42), p. 104.

⁷⁵ No todo fueron, hasta el día de la coronación, largas y pesadas negociaciones. Carlos pudo disfrutar entonces de otros muchos esparcimientos y celebraciones, ya incluidas en el calendario festivo, ya organizadas para regocijo de los visitantes, ya surgidas de manera espontánea. El día 7 de noviembre se celebró una carrera de caballos *bárbaros* –esto es, del norte de África– desde la Porta Maggiore hasta la de San Felice. Según la costumbre italiana que da nombre a estas competiciones, el ganador obtuvo por premio un palio de brocado de oro: G. Giordani, *Op. cit.* (nota 34), p. 38. El día 19 se conmemoró el ascenso de Giulio de' Medici al solio pontificio con una misa solemne en la capilla del Palazzo Pubblico y una valerosa justa entre la flor de la nobleza presente en Bolonia: *Ibidem*, p. 41. El 25, con ocasión del aniversario de la coronación de Clemente, se ofició una nueva misa solemne en la capilla del Palazzo: *Ibid.*, p. 44. El día 28, el emperador rindió visita a la catedral de San Pietro: *Ibid.*, pp. 44-45. El 5 de diciembre, Carlos visitó la basílica de San Domenico, donde honró la tumba del santo fundador burgalés y la capilla imperial cantó misa; después del almuerzo y durante casi cuatro horas, caballeros italianos, españoles y alemanes se disputaron en justa dos palios de brocado de oro: *Ibid.*, pp. 46-47. El día 8, la feliz nueva del nacimiento en España del infante Fernando, hijo de Carlos e Isabel de

Portugal, fue celebrada con repicar de campanas, fuegos de artificio y nuevos juegos caballerescos: *Ibid.*, p. 48; los festejos se sucedieron durante varios días y el 12, según reportan algunos de los presentes entonces en Bolonia, diversos caballeros españoles y sus cuadrillas corrieron cañas ante la admirada turba que abarrotaba la Piazza Maggiore, que nunca había visto tal desempeño ni tanta galanura: M. Sanuto, *Op. cit.* (nota 51), cols. 350 *in fine*-355. Por otro lado, fue la noche del palio cuando los soldados luteranos decapitaron la estatua del pontífice del arco de acceso al Palazzo Pubblico: véase la nota 62. Un día antes, el 11 de diciembre, Carlos había visitado la iglesia de San Michele in Bosco: G. Giordano, *Op. cit.* (nota 34), pp. 49-50. El día de vísperas de Navidad se firmó la paz y liga de Bolonia; para conmemorar el acto, las capillas imperial y pontificia cantaron misa en la capilla del Palazzo Pubblico. El 25, las funciones religiosas se trasladaron a San Petronio, donde hubo misa solemne por el nacimiento de Cristo: *Ibidem*, pp. 54-56; y con motivo de la publicación de las paces, el 31, nuevo oficio religioso en la basílica y redobles de campanas, fuegos de artificio, salvas de artillería, músicas y bailes: *Ibid.*, p. 60; los festejos continuaron el primero de enero con desfiles y ejercicios marciales: *Ibid.*, pp. 61-63. El 6 de enero, Carlos visitó la iglesia de San Francesco y el Colegio de los Españoles; y tras el almuerzo, nuevos juegos caballerescos: *Ibid.*, pp. 64-67. El 31 ordenó solemnemente a varios caballeros. Llegaron por entonces las Carnestolendas, largamente celebradas por los boloñeses. En aquellos primeros días de febrero se dejaron ver por la ciudad «bufones, saltimbanquis y charlatanes» y hubo, claro está, mascaradas, músicas y danzas: *Ibid.*, p. 88. El 14 de febrero, Carlos visitó el convento de San Salvatore, donde se ofició una misa cantada por la capilla imperial, en la que también *intervinieron* 120 caballeros de la orden de Santiago con hábitos de gala: *Ibid.*, pp. 91-92. Con particular interés debieron apreciarse entonces los frescos que adornaban el refectorio de este convento, pues fue allí donde, al decir de Keniston, el consejero Francisco de los Cobos se convenció de contratar a sus responsables, los pintores locales Bartolomeo di Bagnacavallo y Biagio Pupini, para la decoración de sus casas vallisoletanas; negocio que sin embargo no llegó a fructificar: H. Keniston, *Francisco de los Cobos: Secretary of the Emperor Charles V*, Pittsburgh, 1960, pp. 129-130. El día 15 de febrero, Carlos se entretuvo en el taller de orfebrería imperial, instalado en la vieja Strada di San Mamolo [actual Via d'Azeglio] y dirigido por un tal maestro llamado Giovanni Dau-

son, que a contrarreloj se afanaba en confeccionar la corona imperial: G. Giordano, *Op. cit.* (nota 34), p. 92. Al día siguiente, Carlos inspeccionó largamente la basílica de San Petronio. Por otro lado, el día 17, una comisión mixta pontificio-imperial convocó a los más reputados arquitectos e ingenieros mecánicos presentes en Bolonia para disputarse la construcción, en el corto tiempo que aún mediaba hasta la coronación, de un puente de madera que condujese, salvando las distancias y alturas, desde la sala de audiencias del Palazzo Pubblico hasta el altar mayor de San Petronio y que en su curso acogiera varias capillas elaboradas también en madera: *Ibidem*, p. 94. El 20 de febrero, a dos días de la primera coronación, llegaba procedente de Monza la corona de hierro del rey de los lombardos: *Ibid.*, p. 96. Y así, con notoria precipitación, llegamos por fin a las jornadas de la coronación cesárea, que son el objeto de la vívida descripción *oficial* que, a continuación, ofrecemos al lector.